

Las sociedades formativas del Altiplano Circumtiticaca y Meridional y su relación con el Norte Grande de Chile¹

PATRICIA AYALA R.²

RESUMEN

Al estudiar el Período Formativo (ca. 2000/1500 AC–400 DC) del norte de Chile, es evidente que el problema de las relaciones, influencias o arribo de las sociedades altiplánicas está constantemente presente a la hora de comprenderlo. En este contexto y teniendo en cuenta el avance de las investigaciones arqueológicas en Bolivia, Perú y Chile, en el presente artículo se evalúan los indicadores considerados para plantear la presencia altoandina en el Norte Grande y se postulan interpretaciones preliminares sobre los vínculos establecidos entre las sociedades formativas del Altiplano Circumtiticaca y Meridional, y las de la vertiente occidental.

Palabras clave: Período Formativo – altiplano – Norte Grande – interacción cultural.

ABSTRACT

Understanding the Formative Period (ca. 2000/1500 BC–400 AD) in Northern Chile, evidences concernment with Altiplanic relationship, influence or population arrival. On such basis, in this paper we evaluate the indicators considered to confirm Altiplanic human presence in Northern Chile, and offer preliminary interpretations about the links established between formative societies, taking into account the development and progress of archeological research in Bolivia, Peru and Chile.

Key words: Formative Period – altiplano – Northern Chile – cultural interaction.

Introducción

Este artículo está enfocado en el Período Formativo o Intermedio Temprano (ca. 2000–1500 AC–400 DC), que se caracteriza por el nacimiento de las primeras sociedades aldeanas, cuya economía agrícola, ganadera y/o pescadora impulsó un paulatino crecimiento demográfico, así como al desarrollo de la complejidad social y al florecimiento de las primeras formas de organización religiosa.

Son estas poblaciones las que evidencian la cristalización de una serie de innovaciones tecnológicas como la alfarería, la metalurgia y la construcción de sistemas agrohídricos, además de un desarrollo significativo en la textilería, la cestería, la arquitectura y la litoescultura, elementos que, sin duda, denotan un proceso gradual que derivará en la consolidación de una serie de entidades sociopolíticas diseminadas por el altiplano, la costa, oasis y valles occidentales y orientales.

Hasta el momento, el Período Formativo en la Subárea de Valles Occidentales del norte de Chile está representado por una primera fase denominada Azapa (1300–500 AC), cuya población de tipo aldeana practicaba una agricultura incipiente junto con continuar las prácticas recolectoras del período anterior (Santoro 1980a y b). Paralelamente, en el ambiente costero se desarrolla Faldas del Morro (1000–400 AC), inserta en el proceso aldeano y caracterizada por mantener una tradición esencialmente marítima (Muñoz 1989). Posteriormente, la ocupación formativa en los valles y la costa ha estado representada por la Fase Alto Ramírez (500 AC–300 DC), caracterizada por la llegada de poblaciones altiplánicas y cuya extensión espacial alcanzaría prácticamente todo el Norte Grande, siendo su patrón mortuario tumular uno de sus atributos más conocidos (Rivera 1976, 1980 y 1995). Prácticamente en la misma época, en la costa de Arica se desarrolla el Laucho o Playa Miller (530 AC), correspondiente a una población de economía marítima con actividades agrícolas en menor escala. Más al sur, el formativo se encuentra representado por grupos costeros asentados en Pisagua, Punta Pichalo, Cañaño, Caleta Huelén, Punta Blanca y Cobija, los cuales mantenían estrechas relaciones con los habitantes de las quebradas intermedias, donde en la aldea de Caserones se distinguen tres períodos de ocupación formativa (Período I: 1000–400 AC; Período II: 400 AC–0; Período III: 0–600 DC). En el litoral se definió la Fase Cañaño Montículo (860 AC), que mostraría claros nexos con Chiripa y Wankarani, al igual que los planteados para las

¹ Proyecto FONDECYT 1990168 “Textiles, alfarería y cementerios: El Período Formativo desde Quillagua, Loa Inferior”.

² Email: payala_rocabado@hotmail.com

aldeas del interior, Caserones, Guatacondo y Ramaditas, destacando el poblado de Pircas, por sus vínculos con el Noroeste Argentino (Núñez y Moragas 1983; Núñez 1971, 1982a y b; Rivera *et al.* 1995/96).

Por otro lado, en la Región de Atacama este período está representado inicialmente por la Fase Tilocalar (1190–470 AC), identificada al sur del salar y en el Loa Medio, mostrando el surgimiento y consolidación de una economía ganadera suplementada por prácticas agrícolas (Núñez 1992). Posteriormente, en el oasis de San Pedro de Atacama, que en estos momentos actuaría como eje articulador de rutas de interacción extraregional, se desarrollaron las fases Toconao (300 AC–100 DC) y Séquitur (100–400 DC), correspondientes a grupos aldeanos con economía agroganadera y portadores de una tradición alfarera monocroma pulida (Tarragó 1989). En el Loa Superior, la ocupación formativa está representada por las fases Los Morros (1400–500 AC) y Río Salado (500 AC–100 DC) para la etapa temprana de este período, y las fases Turi 2A (100–700 DC) y Turi 2B (700–900 DC) para sus momentos tardíos, destacando su mayor extensión cronológica en ausencia del Período Medio. Estos desarrollos se encuentran claramente vinculados al Complejo Loa (200 AC–400 DC) del Loa Medio y a las poblaciones del salar de Atacama, siendo evidentes los contactos con el Noroeste Argentino, el Altiplano Circumtiticaca y los valles orientales bolivianos (Sinclair 2001; Pollard 1970). En el Loa Inferior, específicamente en el valle de Quillagua, se identificaron dos etapas de ocupación formativa, estando la primera (*ca.* 700–300 AC) caracterizada por vínculos fluidos entre las poblaciones de este oasis y el resto de la cuenca del Loa, además de la costa desértica y los Valles Occidentales. Posteriormente, en momentos más tardíos del período (500–700 DC) dicha interacción se focaliza hacia el territorio tarapaqueño, siendo también evidentes las relaciones con los territorios antes mencionados y con Atacama (Agüero *et al.* 2001).

Tal como se esbozó en esta apretada síntesis, una revisión bibliográfica acerca del Período Formativo en el Norte Grande muestra que el tema de los vínculos con el altiplano está constantemente presente a la hora de comprenderlo. Desde hace ya varios años el proceso formativo del actual norte chileno es visualizado dentro de los marcos

del arribo de poblaciones altiplánicas durante la Fase Alto Ramírez (500 AC–300 DC), la cual inicialmente fue propuesta para los Valles Occidentales y posteriormente se hizo extensiva a las regiones de Tarapacá y Atacama (Rivera 1976, 1980 y 1995; Rivera *et al.* 1995/96; Núñez 1971 y 1982a; Llagostera *et al.* 1984; Barón 1986). De acuerdo a algunos investigadores, el acceso de estas poblaciones tuvo un carácter diferencial en el Norte Grande, constituyendo así variaciones zonales producto de la particular asimilación de los aportes foráneos y debido a la relación establecida con determinada expresión formativa de tierras altas (Muñoz 1980, 1983 y 1987; Mujica 1978 y 1985; Santoro 1981). Otros estudiosos coinciden en la utilización de distintos mecanismos de interacción (directos o intermediados) durante el Período Formativo (Núñez 1970, 1971 y 1976; Núñez y Dillehay 1978), así como algunos plantean una verdadera expansión altiplánica que involucró la costa, los Valles Occidentales y los oasis de pie de puna. Esta expansión no fue identificada en recientes trabajos en la cuenca del Loa y oasis de San Pedro de Atacama, aun cuando el Loa Superior denota débiles relaciones alfareras con el altiplano nuclear (Núñez 1992; Thomas *et al.* 1988/1989; Castro *et al.* 1992; Sinclair 2001).

En este contexto, el arribo de poblaciones altiplánicas formativas se sustenta en la aparición sin antecedentes previos de ciertos cultivos (*p.e.*, quinoa) y de un nuevo patrón mortuario, así como en las semejanzas establecidas entre la iconografía de algunos textiles de los Valles Occidentales y la impresa en la alfarería y escultura lítica Pucara, en la presencia de cerámica espatulada similar a la descrita para Chiripa y Wankarani y en la construcción de asentamientos con estructuras de planta circular en diferentes sitios formativos del norte de Chile, de manera análoga a lo observado en el Altiplano Meridional. Al respecto, son cuestionables las comparaciones establecidas sin un análisis global de los indicadores tomados en cuenta, siendo sugerente observar que la relación planteada con Pucara se basa en un escaso número de piezas sin tomar en cuenta el comportamiento del resto de la industria textil del período, y menos, la representatividad alcanzada por los textiles supuestamente foráneos. Por otro lado, las semejanzas establecidas entre ciertos tipos alfareros del Norte Grande y aquellos del altiplano, se basan en descripciones generales y

metodologías de análisis distintas, no sabiéndose a ciencia cierta si se refieren a tipos cerámicos indiscutiblemente Wankarani o Chiripa presentes en el Norte de Chile o si más bien se trata de alfarería emparentada tecnológica y/o estilísticamente con dichos desarrollos, desconociéndose a la vez su representatividad en el contexto alfarero formativo de Azapa, Tarapacá y Atacama. Por otra parte, respecto a la arquitectura, es indudable que durante el Período Formativo ciertos asentamientos aldeanos, tanto del altiplano como del norte de Chile presentan recintos de planta circular; no obstante, es necesario conocer más cabalmente su patrón constructivo para establecer vínculos culturales más precisos. En cuanto a los patrones mortuorios, es inquietante constatar que los túmulos funerarios de la Fase Alto Ramírez no están presentes en el altiplano, por lo que podría tratarse de una manifestación más bien propia del Formativo de tierras bajas.

En este trabajo se evaluará la validez de estos indicadores para postular la presencia altiplánica en este territorio, ya que al parecer estos planteamientos se basan en generalizaciones realizadas a partir del comportamiento de un escaso número de materiales. Junto con esto, el avance de la arqueología boliviana y peruana plantea la necesidad de reevaluar este problema a luz de los nuevos datos, ya que es prioritario conocer qué es lo altiplánico, cultural y materialmente hablando, antes de identificar sus posibles vínculos con el Norte Grande. Por esta razón, a pesar de la extensión de estos antecedentes, en este estudio se presenta una caracterización de los desarrollos formativos altiplánicos, poniendo especial énfasis en aquellos elementos de la cultura material que hasta el momento han sido considerados para abordar este problema. Posteriormente, a través de un estudio comparativo basado en datos bibliográficos y en información de primera mano,³ se determina la presencia o no de dichos indicadores en los sitios formativos del norte de Chile, finalizando con una discusión acerca del tipo de interacción que pudo operar entre los desarrollos formativos de tierras altas, Valles Occidentales, quebradas intermedias, cuenca del Loa y oasis de San Pedro de Atacama (Figura 1).

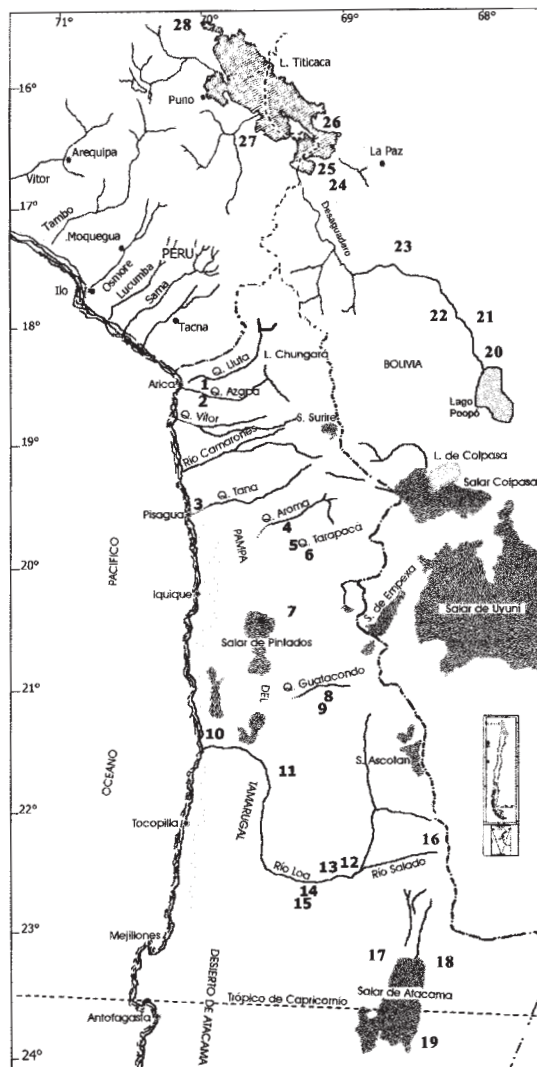


Figura 1. Mapa de ubicación de los desarrollos formativos del Norte Grande, Altiplano Meridional y Circumtiticaca. Norte Grande: 1. Azapa 14 y 71; 2. Azapa 70 y 122; 3. Pisagua; 4. Conanoxa E-6; 5. Pircas; 6. Tarapacá 40; 7. Cañaño; 8. Guatacondo; 9. Cobija; 10. Caleta Huelén; 11. Quillagua; 12. Chiu Chiu; 13. Chorrillos; 14. Calama; 15. Topater; 16. Turi-2; 17. Tular; 18. Toconao Oriente; 19. Tulán. Altiplano Meridional: 20. Wilaque; 21. Uspsa Uspsa; 22. La Joya (Chuquiña, San Andrés, La Barca); 23. Wankarani. Altiplano Circumtiticaca: 24. Tiwanaku; 25. Chiripa; 26. Santiago de Huata; 27. Sillumoco; 28. Qaluyo, Cusipata y Pukara.

Caracterización del Período Formativo del Altiplano

A continuación se presentará un panorama general sobre el Período Formativo del Altiplano Circumtiticaca y Meridional, considerando información general acerca de la organización social,

³ Como estudios de primera mano, me refiero a los trabajos realizados dentro del marco del Proyecto FONDECYT 1990168, (Ayala y Uribe 2001; Agüero y Cases 2001; Horta 2001Ms; Uribe y Ayala 2002Ms; Montt 2002Ms).

economía y ritualidad de las distintas entidades que lo conforman, junto con describir sus características materiales más sobresalientes. Dicha información se organizó de acuerdo a la subdivisión en Formativo Inferior, Medio y Superior, ya que cada una de estas etapas da cuenta de procesos políticos, económicos e ideológicos particulares (Lumbreras y Amat 1968; Stanish 1992; Lémuz 2001).

Altiplano Circumtiticaca

Formativo Inferior (ca. 2000/1500–1000 AC). En este momento se evidencia el cambio de una economía basada en la caza y recolección, a otra en la cual éstas se combinan con el pastoreo, la agricultura y la manufactura de objetos de cerámica y metal. Es aquí cuando empieza a consolidarse la vida sedentaria, con la ocupación de asentamientos correspondientes a Tiwanaku I, Chiripa Temprano, Kalake y Qaluyo.

Tiwanaku I. Esta fase (1500–500 AC) representa una de la ocupaciones formativas menos conocidas y más tempranas del área homónima, caracterizándose por una alfarería doméstica generalmente pulida, además de vasijas de color rojo sobre un fondo castaño amarillento, con incisiones o motivos trazados en rojo, gris oscuro y blanco sobre idéntico fondo; la pasta es blanquecina y las formas corresponden a ollas, vasijas globulares, platos y jarras, además de registrarse modelados antropomorfos o zoomorfos en los cuellos de algunas de ellas (Ponce 1971). Las casas fueron edificadas con formas rectangulares, hechas de adobe sobre cimientos de “morrillo”, a las que se añadieron pequeñas estructuras circulares. La cronología de este desarrollo no es segura, ya que la mayoría de las fechas obtenidas por Ponce (1971) se sitúan entre 600 AC a 100–200 DC (Pärssinen 1999), por lo que hay que tomar con cautela su ubicación en el Formativo Inferior, siendo Mathews (1992) quien postula, en base a sus excavaciones en T'ijina Pata y Tilata en el valle medio de Tiwanaku, que se trata de una manifestación más reciente y que su ubicación cronológica debiera situarse contemporáneamente a la Fase Qeya.

Ante esta confusa situación, los trabajos realizados en el valle bajo de Tiwanaku aportan importantes datos al respecto. De acuerdo a Albarracín (1996), el Formativo Inferior se encuentra clara-

mente representado en los sitios de Allkamari (1161 ± 104 AC) e Iwawi (925 ± 85 AC), cada uno de los cuales se vincula a una manifestación cultural distinta, conformando un panorama similar al observado por Mathews (1992) en el valle medio. En el primero de estos asentamientos se identificó un estrato inferior asociado a alfarería no decorada y otro superior con cerámica bicroma, analogable a Chiripa Clásico. En el segundo sitio, Iwawi, el componente formativo, se encontró bajo una ocupación Tiwanaku, destacando el hallazgo de alfarería diferente a Chiripa y Tiwanaku I, por lo que se vincula a este asentamiento con una entidad social distinta, asignada a la Fase Huchani. Esta alfarería está compuesta por ollas de pasta micácea, con asas verticales y superficies espatuladas, además de cuencos con labios engrosados, incisiones ocasionales y un bruñido reducido (Albarracín 1992).

Chiripa Temprano. En la Península de Taraco el Período Formativo inicial está representado por la Fase Chiripa Temprano (1500–1000 AC), durante la cual el montículo homónimo ya se encontraba en uso, habiéndose identificado un relleno de plataforma construido para la posterior edificación del nivel inferior de casas (Kidder 1956; Bennett 1936). Las estructuras de esta fase fueron construidas con adobe y piedra, presentando pisos preparados y muros enyesados, al igual que en los niveles superiores. Se plantea que estas casas se encontraban organizadas alrededor de un patio hundido de dimensiones considerablemente más pequeñas que el edificado tiempo después (Hastorf *et al.* 1996 Ms). De ser esto así, sería en Chiripa donde este tipo de arquitectura pública se construyó más tempranamente que en otros sectores del lago donde se edificó recién durante el Formativo Medio (Lémuz 2001; Stanish y Steadman 1994). De acuerdo a Bennett (1936), los entierros en este montículo se ubicaron debajo de los pisos de las viviendas, registrándose entierros directos simples, otros con cubiertas de piedra o losas planas, además de aquellos con tapas de paja o piedras, estando todos ellos sin ofrendas alfareras, a diferencia de las tumbas encontradas por Kidder (1956) en el mismo sitio. Recientes investigaciones demuestran que no sólo el túmulo principal fue ocupado en esta etapa, sino también algunos sectores cercanos como Llusco y Santiago (Hastorf *et al.* 1996 Ms, 1998 Ms y 1999 Ms).

La cerámica de esta fase se manufacturó con una pasta con desgrasante de fibra vegetal y con una cantidad importante de mica. Mientras casi la mitad del conjunto tiene alguna clase de bruñido, un porcentaje menor presenta bruñido lustroso, siendo más común el alisado simple, frotado y “a trapo”.⁴ La mayoría no presenta engobe y tiene un color negro, además de gris o café oscuro; los revestidos de tonos rojos y cafés son iguales en popularidad. Las formas más comunes son las ollas de cuello corto y medio, estando las sin cuello y los cuencos mucho menos representados; sus bordes son redondeados simples, biselados o engrosados, destacando las ollas por presentar agraderas. La cerámica decorada aparece en baja proporción, con engobe rojo y bruñida con alto lustre en el exterior.

Kalake. Durante esta fase (1500–1000 AC) en Santiago de Huata la población estaba organizada en pequeños y regulares núcleos de familias asentadas en torno a zonas ecológicas económicamente favorecidas, donde se proveían autónoma y corporativamente de los recursos. Esta ocupación se identificó en cuatro caseríos que no presentan mayores diferencias en cuanto a función, economía y organización. El grupo principal de asentamientos Chuani-uyo, Turinipata-uyo y Aquivi se localizó en las laderas de un pequeño valle abrigado y cerca de un drenaje de agua permanente. Sólo el caserío de Chichia se encuentra aislado al este de la península, con un emplazamiento análogo al antes descrito. La economía estuvo orientada a la crianza de camélidos, la agricultura y la pesca. Por otro lado, la alfarería es similar a la de Chiripa Temprano, sobre todo en cuanto a las inclusiones de fibra vegetal y mica y las proporciones de alisados, bruñidos, “trapeados” externos y fragmentos decorados, aunque en Kalake no se encontraron revestidos rojos como en Chiripa (Lémuz 2001).

Qaluyo. La ribera noroeste del lago Titicaca constituyó uno de los dos polos de articulación histórica durante el Formativo. Entre el 1500 y el 500 AC se desarrolló Qaluyo, cuyo sitio homónimo se localiza cerca de la localidad de Pukara. En los niveles inferiores de este asentamiento se registró alfarería bautizada como Qaluyo, asociada

a pequeñas aldeas localizadas en torno a lugares de fácil acceso al agua y a terrenos de cultivo (Mujica 1978). Dicho estilo cerámico se relaciona al de la Fase Condori, en Chiripa, además de presentar estrechos vínculos con el río Vilcanota y con Camata al este del lago (Lumbreras y Amat 1968; Berenguer y Dauelsberg 1989; Steadman 1995 cit. en Lémuz 2001).

Formativo Medio (1000–100 AC). Desde alrededor del 1300 AC en la cuenca del lago Titicaca se produjeron cambios ambientales que mejoraron las condiciones de habitabilidad. Las penínsulas de Taraco, Copacabana y Santiago de Huata se encontraban conectadas por extensos valles secos y salinizados por la paulatina desecación del lago, lo que permitía una interacción más fluida entre sus poblaciones. Las entidades políticas que caracterizan a esta etapa de desarrollo son Chiripa Temprano y Tardío, Sillumoco Temprano y Cusipata.

Area de Tiwanaku. En el valle de Tiwanaku, Albarracín (1992 y 1996) y Mathews (1992) describen diferentes manifestaciones formativas que coexisten al interior de este espacio y que se vinculan a través de su alfarería con Chiripa o Tiwanaku, siendo en momentos tardíos del Formativo Medio cuando se evidencia una mayor y más clara ocupación de este territorio. En el sector norte del valle bajo se distinguieron conjuntos de sitios emplazados en distintas zonas geográficas, algunos de los cuales presentan un asentamiento mayor, en torno al que se distribuyen otros de menor magnitud, destacando Allkamari por presentar un templete semisubterráneo rectangular y depósitos circulares, y por asociarse a una función posiblemente defensiva. A diferencia de los anteriores, los sitios vinculados con Tiwanaku Temprano se ubican al sur del valle, no son muy extensos y en ningún caso muestran rasgos de fortificación, cabiendo la posibilidad de que hayan tenido una orientación política y económica basada principalmente en la agricultura intensiva. Por otro lado, las prospecciones del valle medio evidencian que el patrón de distribución de los sitios con filiación Tiwanaku I es similar al del valle bajo.

Chiripa Medio. Durante esta fase (1000–800 AC) la ocupación del montículo de Chiripa conllevó una construcción sustancial de estructuras, probablemente producto de un mayor número de ocu-

⁴ Este tratamiento parece referirse a una pieza, en estado fresco, sobre cuya superficie se frota un tejido.

pantes. También se usaron de manera más intensa los sectores de Llusco al sur, y Alejo al este del montículo, además de construirse un recinto semisubterráneo de forma cuadrangular en el sector de Santiago, al norte del túmulo principal, el cual fue edificado con cimientos de piedra y piso preparado con yeso amarillo. De este modo, durante Chiripa Medio las actividades rituales y de alto estatus se extendieron de una previa concentración en el montículo durante Chiripa Temprano, a por lo menos una y quizá más localizaciones alrededor del mismo (Hastorf *et al.* 1996 Ms, 1998 Ms y 1999 Ms).

La cerámica de esta fase presenta fibra vegetal, pero se encuentra predominantemente manufacturada con una pasta rica en antiplástico traslúcido redondeado. La mayoría no está revestida y es de color café, aunque también hay superficies café rojizas, negras y grises; están mayormente bruñidas, siendo el alisado simple, el “trapeado” y el acabado estuco o embadurnación con arcilla por el exterior menos populares. Las formas más comunes son las ollas con cuello mediano, siendo menos numerosas las de cuello corto, las jarras y los cuencos; los bordes son simples o planos redondeados o ligeramente redondeados y aún son comunes las agarraderas horizontales y protuberancias circulares. Se distinguen dos tipos de decoración: pintada con motivos rectilíneos de color crema sobre engobe rojo o rojos sobre fondo natural café, e incisa con líneas sobre engobe rojizo.

Por otro lado, en Santiago de Huata esta fase se caracteriza por la formación de las primeras entidades políticas autónomas y por un crecimiento poblacional significativo, fundamentalmente en aldeas grandes y pequeñas emplazadas en las colinas bajas que dan hacia el lago, o bien en estancias construidas cerca de las zonas agrícolas de los valles, siendo escasa la ocupación permanente de sectores montañosos o puneños. Se definen tres agrupaciones de asentamientos con distinta intensidad y nivel de cohesión, sin denotar una clara diferenciación jerárquica entre sí. Al parecer, la conformación de estos conjuntos corresponde a intereses más bien económicos o de subsistencia y no a fines políticos o administrativos, notándose una integración regional débil en contraposición con una mayor cohesión local. De este modo, se trataría de una organización social no centralizada, en la cual cada grupo poseía un conjunto de

asentamientos habitacionales, de estructuras públicas destinadas a actividades rituales, comunales, de almacenamiento y quizá de un tipo administrativo muy rudimentario. La economía de estas poblaciones se sustentaba en la agricultura, el pastoreo y la pesca, destacando el primer caso por la utilización de terrazas de cultivo y no de camellones, como en otros sectores del lago (Lémuz 2001).

Uno de los sitios más importantes de esta fase es Lakaripata con recintos de adobe y piedra y templo semisubterráneo cuadrangular, al cual se suma Kholhumachipata con su posible plaza comunal. El sitio Punta Kahuani destaca por la presencia de una estructura central de forma cuadrangular, a diferencia de Chigani Bajo, donde no se observan estructuras públicas pero sí recintos rectangulares de uso doméstico. Al parecer, los entierros siguieron efectuándose en asociación a los sectores habitacionales.

La alfarería se manufacturó con desgrasantes orgánicos, además de feldespato, mica y cuarzo, representados indistintamente en los diferentes tipos de pastas utilizados. La mayoría de las superficies están alisadas lisas o bruñidas, generalmente revestidas de rojo, café rojizo o café claro. La forma más común es el tazón, seguido por cuencos y jarrones. Elementos diagnósticos de esta fase son los bordes en coma de los tazones y el borde rectangular engrosado exteriormente de los cuencos de base plana. La decoración crema sobre rojo es más común que en las fases posteriores, utilizándose también la decoración incisa.

Chiripa Tardío. Esta fase (800–100 AC) ha sido visualizada como una etapa de consolidación paulatina de un proceso de desarrollo y complejidad política y social en todas las manifestaciones formativas de la cuenca circumlacustre, las cuales dominaron ideológica, política y económicamente las actividades de las poblaciones al este y oeste del lago. Es en estos momentos cuando se ampliaron fuertemente los mecanismos de complementariedad interzonal, por lo que se lograron difundir los sistemas ideológicos, tecnológicos y de organización social dentro del margen este de la cuenca del Titicaca.

A estos momentos correspondería el Nivel Superior de casas o “casas altas” del montículo de Chiripa (Kidder 1956; Bennett 1936), caracteri-

zadas por sumar 14 viviendas rectangulares ordenadas alrededor de un patio central y por edificarse con adobes y cantos rodados. Sus muros son de tipo doble, habiéndose dejado un espacio interior para el almacenamiento de productos. Las excavaciones de Browman (1978) evidencian la presencia de un templete central asignado a la Fase Mamani (650–50 AC), el cual sería anterior al patio hundido más reciente que atribuye a momentos Tiwanaku, a diferencia de Hastorf y colaboradores (1996 Ms, 1998 Ms y 1999 Ms), que sitúan la edificación de esta última estructura a finales de Chiripa Tardío (100 AC). Las sepulturas se emplazaron persistentemente debajo del piso de las viviendas, encontrándose entierros directos con y sin ofrendas mortuorias (Bennett 1936; Ponce 1970). Durante esta fase los sectores externos al túmulo también fueron intensamente ocupados, postulándose que el montículo centralizó las principales actividades rituales del sitio y la región y que las edificaciones de los otros sectores sirvieron indistintamente como residencias de la élite, viviendas comunales o áreas de almacenaje, o bien que en estos sitios menores se practicaron ritos familiares y/o comunales propios a determinado grupo social encargado de una estructura.

La cerámica fue mayormente elaborada con una pasta con trozos de cuarzo blanco, y restos orgánicos. Mientras la mayoría de las vasijas continúa siendo de color café sin engobe, el bruñido alcanza su punto más alto en relación a momentos previos. Las ollas de cuello mediano son nuevamente las formas más comunes, siendo las jarras y los cuencos más populares que en etapas previas; los bordes son redondeados o ligeramente redondeados, aunque también aparecen otros engrosados. Otras formas son las botellas y las “trompetas”. Por primera vez es común la alfarería decorada, identificándose tanto motivos pintados como incisos, siendo los especímenes crema sobre engobe rojo los más populares, secundados por los diseños en negro o café oscuro y crema sobre revestido rojo.

Por otro lado, en Santiago de Huata esta fase se caracteriza por la consolidación del sistema ideológico y económico Chiripa, observándose un crecimiento poblacional restringido a los principales poblados (p.e., Kholuhumachipata, Turinapatauyo, Huanchuyu, SH-48) y el abandono de algunos sitios vinculados con actividades agrícolas y

de pastoreo. En esta fase más de la mitad de los asentamientos poseen estructuras para actividades públicas comunales o ceremoniales, principalmente plazas y patios hundidos, algunos de los cuales albergaron estelas talladas con la iconografía característica de la tradición religiosa Yaya Mama (Mohr Chávez 1988). Dicha iconografía se caracteriza, en términos muy amplios, por la presencia de rostros o cabezas con distintos tipos de apéndices, figuras antropomorfas erguidas, motivos de serpientes con cola enroscada o con doble cabeza, “cruz ajedrezada”, cuadrúpedos de perfil, ofidios, anillos en relieve, lenguas bifurcadas que emanan de la boca de las serpientes y elementos enraizados (Chávez y Mohr Chávez 1975). De este modo, tanto la arquitectura pública como este estilo iconográfico son las manifestaciones materiales de un culto que se extendió por la cuenca circumlacustre e integró políticamente a los pueblos del sur y este del lago.

Durante esta fase, el patrón de asentamiento se caracteriza por la conformación de tres o cuatro agrupaciones de sitios, sugiriendo la continuidad de un sistema segmentario a nivel de base, con unidades familiares unidas por lazos de parentesco, las que realizaban las actividades de producción administradas por entidades reguladas jerárquicamente. A nivel regional el grado de integración sigue siendo bajo, aunque se ve fortalecido en el ámbito económico e ideológico a través de una mayor relación entre los segmentos poblacionales, lo cual se observa en la aparición de más centros de congregación pública, en el crecimiento de las áreas agrícolas relacionadas con estos, y por la aparición de poblaciones intermedias que sugieren un vínculo económico entre las poblaciones de mayor tamaño que equidistan de éstas (Lémuz 2001). La economía continuó basándose en la agricultura, la ganadería y la pesca.

La alfarería muestra una mayor variedad decorativa con modelados zoomorfos, figuras incisas y motivos pintados en tonos crema. El color de las vasijas sigue siendo mayormente café, aunque el rojizo también tiene una presencia significativa, especialmente en la cerámica revestida. Las vasijas fueron manufacturadas con pastas ricas en desengrasante vegetal y cuarzo, siendo la forma más popular el cuenco de base plana, secundado por las ollas de cuello corto y medio y los jarrones de cuello largo, además de las “trompetas” de cerámica con decoración incisa y modelada.

Sillumoco Temprano. En la región de Juli-Pomata, ubicada en la ribera oeste del lago Titicaca, desde cerca del 800 AC se desarrolló la entidad formativa Sillumoco, cuyas particularidades alfareras en cuanto a estilo y distribución la diferencian de otras manifestaciones contemporáneas. Durante su fase inicial o Sillumoco Temprano (800–200 AC), las vasijas fueron predominantemente manufacturadas con una pasta rica en desgrasante vegetal, secundada por otra que no presenta inclusiones de este tipo; el tratamiento de superficie más representativo de las vasijas no decoradas es el pulido, seguido por el revestido rojo o café. Las formas corresponden a ollas globulares, jarras y cuencos; las vasijas con o sin decoración incisa y pintada, manufacturadas con pasta con fibra vegetal, son semejantes a las descritas para Chiripa Mamani y Llusco (Browman 1978); en cambio, aquellas elaboradas sin desgrasante vegetal, con decoración pintada o incisa son similares a las de Qaluyo. Al parecer su organización estaba incipientemente jerarquizada dentro de una economía que no evidencia un uso intensivo de la agricultura en campos elevados, ni la construcción de arquitectura pública, no habiéndose identificado construcciones formales asignables a esta fase en Tumatumani. El pastoreo de camélidos habría sido parte vital de su economía, tal cual lo demuestran los asentamientos preferentemente emplazados en zonas beneficiosas para la ganadería (Stanish y Steadman 1994).

Cusipata. En el sector noroeste del lago Titicaca, el Formativo Medio se encuentra representado por un momento transicional entre Qaluyo y Pukara, que abarca entre el 500 al 200 AC, y el cual se asocia a un estilo cerámico claramente intermedio entre los conjuntos alfareros del Formativo Inferior y Superior. Aún no se define su patrón de dispersión y tampoco sus implicancias económicas, sociales y políticas con relación al posterior desarrollo Pukara (Mujica 1987).

Formativo Superior (100 AC–400 DC). Hacia el 250 AC, las aguas del lago Titicaca ascienden casi hasta el nivel actual, estabilizándose con modificaciones menores alrededor de 350 DC. Estos cambios parecen incidir gradual y sustancialmente en la forma de vida de las poblaciones circunlacustres, las que ahora se encuentran representadas por Tiwanaku III, Pana Temprano y Tardío, Sillumoco Tardío y Pukara.

Tiwanaku III o Qeya. La entidad política portadora del estilo cerámico Qeya e individualizada con el mismo nombre, es poco conocida más allá del núcleo de Tiwanaku, siendo difícil de identificar estratigráficamente en su propio centro y fechar con confiabilidad (Albarracín 1996; Lémuz 2001). No se cuenta con mucha información acerca de su patrón habitacional y funerario, aunque se describen casas rectangulares y oblongas, así como entierros en fosas simples y sin ofrenda alguna (Bermann 1989 Ms; Rydén 1947 cit. en Pärssinen 1999). Respecto a su alfarería, las vasijas domésticas se encuentran alisadas o pulidas y fueron manufacturadas con una pasta de color café a negro. Los tiestos decorados presentan pintura roja, café rojiza o negra sobre ante y algunos diseños corresponden a animales abstractos sobre fondo negro, siendo también comunes las incisiones profundas. Las formas más típicas son los platos y cuencos abiertos, las ollas y vasos globulares, además de sahumadores con cabezas de felinos y botellines (Bennett 1936; Ponce 1981; Pärssinen 1999).

Tampoco se tiene mucha información acerca de su organización social, política y económica, aunque se plantea que esta fase corresponde al primer estadio urbano de Tiwanaku, en el cual se cambió de una economía autosuficiente a otra dependiente, lo que provocó un aumento demográfico y la aparición de una estructura social policlasista y piramidal que controló más de la mitad de la producción agrícola (Ponce 1981). Hasta la fecha son varios los cuestionamientos planteados en este sentido, sobre todo en cuanto a que las edificaciones monumentales Tiwanaku se hayan construido en esta fase y en relación a que se haya practicado una explotación agrícola intensiva. A la vez, son varias las críticas a la secuencia de Ponce (1981), desde aquellas que llaman la atención sobre la falta de materiales que sustenten las fases formativas de Tiwanaku y los planteamientos acerca de la relativa contemporaneidad de Tiwanaku I, II y III, pasando por la proposición de que forman parte de un mismo estilo, hasta aquellas que plantean una secuencia alternativa más o menos afinada (Browman 1980; Mathews 1992; Albarracín 1996; Paz 2000; Janusek y Alconini 2001 cit. en Lémuz 2001).

Pana Temprano. Al igual que en la península de Taraco, en Santiago de Huata los inicios del Formativo Superior están marcados por el decaimiento de las manifestaciones alfareras, iconográficas

y arquitectónicas que caracterizaron al desarrollo Chiripa. En esta fase (100 AC–200 DC) se observa una clara disminución en la intensidad y extensión de la ocupación humana en relación a momentos previos, especialmente en aquellos sitios con arquitectura pública, posiblemente debido a los cambios políticos y económicos vinculados con el avance del lago, el cual también afectó las relaciones de intercambio que hasta ese entonces habían sido dominadas por las poblaciones situadas al este del mismo. Aunque parte de la población abandonó total o parcialmente los principales asentamientos y se asentó en pequeños caseríos, más de la mitad se concentró en poblados de mayor tamaño. Al mismo tiempo, otra parte se refugió intermitentemente en caseríos protegidos por muros perimetrales, emplazados en la parte alta de las colinas, a fin de enfrentar situaciones de conflicto. El patrón de asentamiento evidencia que no existió un centro prominente respecto a otros, por lo que se plantea que no hubo un nivel de concentración significativo para establecer una integración regional, distribuyéndose el poder en torno a pequeños núcleos posiblemente organizados en forma jerárquica, que mantenían autonomía y operaban mancomunadamente en algunos ámbitos económicos y culturales (Lémuz 2001).

La desestructuración del sistema Chiripa no implicó grandes cambios en el ámbito doméstico pero sí en el económico, principalmente en la agricultura, beneficiando sólo a determinados grupos y promoviendo un clima de tensión y conflicto en algunos sectores. Esta situación habría sido agudizada o aprovechada por entidades políticas cuyo poder regional se estaba incrementando más allá de su núcleo. En este sentido, no existen elementos que indiquen la presencia dominante de otras manifestaciones formativas sobre la población de Santiago de Huata, tal como se observa en la península de Taraco, donde Tiwanaku III parece haberse extendido. Pero sí hay indicios para plantear que las entidades políticas del noroeste y sureste del lago Titicaca estaban disputándose algún espacio de la península. Quizá otros centros como Tiwanaku y Kallamarca adquirieron poder e importancia durante esta fase, lo que les permitió competir con Pukara por espacios dentro de los límites orientales del lago.

La cerámica de estos momentos se caracteriza por su elaboración con pastas ricas en inclusiones de

mica y cuarzo, junto a desgrasante orgánico en menor medida. Casi la mitad de las vasijas fueron engobadas en tonos café, negro y naranja, mostrando una terminación con alisado “a trapo”, alisado liso y bruñido. La forma más popular es el tazón, seguida por los cuencos y los jarrones. Algunos ejemplares tienen decoración roja y negra ocre, mostrando motivos ornitomorfos y geométricos. Elementos diagnósticos de esta fase son los incisos, el tipo de pasta y la aparición significativa de asas horizontales y oblicuas en jarrones, tinajas y ollas decoradas.

Pana Tardío. En esta fase (200–400 DC) la población de Santiago de Huata siguió creciendo y distribuyéndose en un mayor número de poblados, cubriendo un área dos veces más grande que en la fase anterior, siendo clara la tendencia a una mayor concentración en sitios como Turinapatauyo, Khollihumachipata, Lakaripata y Chijilaya. Algunos poblados con arquitectura pública que fueron abandonados previamente, vuelven a ser ocupados, especialmente en cuanto a la actividad ritual se refiere, lo que parece apuntar a un reverdecimiento de la ideología, la cual posiblemente fue asimilada de Chiripa por la organización que la precedió, es decir, durante Pana Temprano. Lo doméstico y lo ritual siguen muy ligados, tanto en el ámbito de la unidad familiar como de las actividades ceremoniales que se desarrollaban en los patios hundidos de cada comunidad y en los entierros realizados bajo del piso de los recintos.

Ahora los sitios aparecen nucleados en cuatro grupos mucho más cohesionados y distinguibles que los observados previamente, y parecen definir una suerte de entidades políticamente autónomas, cuya integración se hizo cada vez más sentida, ya que los cambios locales afectaron a toda la región. Esta tendencia integradora pudo ser fruto de procesos propios o de influencias venidas desde el valle de Tiwanaku, donde se estaba gestando un gran cambio cultural, y donde la inclinación a una integración centralizadora se observa con mucho más fuerza, al igual que en Taraco y Juli-Pomata.

En la alfarería sólo se observan algunos cambios respecto a Pana Temprano, elaborándose con pastas ricas en antiplásticos de cuarzo, mica y feldespato. Las vasijas presentan un tratamiento superficial mayormente alisado liso o alisado “a trapo”, siendo las formas más populares los tazo-

nes y jarrones, a diferencia de los cuencos de base plana, *keros* y ollas esféricas. La mayor cantidad de fragmentos es de color café claro, negro o café grisáceo, siendo muy pocos los decorados con líneas pintadas en color negro, rojo, crema y naranja, algunos acompañados con bandas modeladas e incisas.

Sillumoco Tardío. En la ribera oeste del lago Titicaca se desarrolla Sillumoco Tardío (200 AC–400 DC), fase caracterizada por un patrón de asentamiento que incluye sitios tumulares pequeños, montículos de gran tamaño como los de Tumatamani y terrazas como las de Sillumoco y Palermo, todos los cuales presentan recintos comunales que sugieren su funcionamiento como centros ceremoniales de élite a nivel regional, siendo a su vez los que albergaron el mayor número de habitantes en esta etapa. De estos sitios, Tumatamani es uno de los más importantes y complejos arquitectónicamente hablando, ya que en él se edificaron dos plataformas de grandes dimensiones, una de planta cuadrangular y otra en forma de “U”. Sus entierros se caracterizan por cuerpos depositados ocasionalmente en cistas, bajo o al interior de los muros de estas plataformas (Stanish y Steadman 1994). La agricultura intensiva de camellones parece haber tenido gran importancia para la población local, ya que un alto porcentaje vivía en las cercanías de estos campos de cultivo, aunque se siguieron realizando actividades ganaderas. Se plantea que Sillumoco habría alcanzado un nivel de “estado arcaico” y que es evidente una jerarquización de asentamientos según su tamaño, especialmente entre aquellos de mayor magnitud (Stanish 1997).

La alfarería se diferencia de la de la fase anterior por la predominancia de pastas con desgrasante de arena, aunque aquellas con fibra vegetal no desaparecen del todo. Las vasijas presentan tratamientos de superficie pulidos y revestidos, siendo el rojo y el café claro los colores predominantes. Las formas más características son los cuencos de borde plano y cuencos de lados convexos, con bordes y apéndices incisos, asas horizontales, bases de borde engrosado, anulares o con pedestal. También se registran “trompetas o sopladores” decorados. La cerámica utilitaria es semejante a la de Qeya y a la de Tiwanaku I, en cambio, la decorada es similar a la alfarería de Chiripa, Qeya, Kalasasaya y Pukara.

Pukara. En el sector noroccidental del lago Titicaca se desarrolló la entidad política Pukara, desde finales del Formativo Medio (200 AC–400 DC). En los momentos iniciales de Pukara se aprecian fuertes contactos con la Fase Chiripa Mamani del sector suroriental del lago y con Paracas del litoral peruano (Mujica 1987). La información sobre esta etapa de desarrollo es escasa, sin embargo, se sabe que la alfarería presenta bastante desgrasante de mica y diseños geométricos donde resaltan los escalones delineados con brucas incisiones; la pintura es de color rojo, amarillo, blanco y negro postcocción. Es notoria la semejanza decorativa con Chiripa y su diferencia con la cerámica Pukara Clásico (Mujica 1978). En esta fase el patrón de asentamiento sería disperso.

A principios de nuestra era, Pukara deviene en sociedad urbana con una arquitectura templaria desarrollada, alfarería fina y escultura lítica. Mujica (1987) plantea que tales rasgos suponen una sociedad estratificada con especialistas que abandonan el campo para vivir en la urbe y con una población cohesionada por una religión que impuso la construcción de grandes centros ceremoniales. A diferencia de Pukara Inicial, en estos momentos se evidencian claros contactos con la hoya del Vilcanota donde se desarrolló Chanapata, con la costa peruana y chilena representadas por Paracas y Alto Ramírez, con Kalasasaya, Chiripa y Chumbivilca (Mohr Chávez 1988; Berenguer y Dauelsberg 1989; Muñoz 1989). El asentamiento principal de este desarrollo formativo se extiende por más de 4 km² e implicó la construcción de un sistema de aterrazamiento sobre el cual se edificaron los recintos ceremoniales, destacando uno de ellos por sus estructuras de planta rectangular con cimientos de piedra y muros de adobe, distribuidas en forma de “U” alrededor de un patio semisubterráneo; dichas estructuras fueron construidas con muro doble y dejando un espacio interior. La complejidad arquitectónica de este montículo evidencia la necesidad de un importante número de personas, sugiriendo la existencia de un sistema de organización social significativamente más complejo que el basado en relaciones de parentesco y que podría ser similar al de Chiripa.

En cuanto a la escultura lítica sobresalen las figuras antropomorfas y zoomorfas, ya sea en forma naturalista o complejas representaciones simbólicas en estelas –siendo la más representativa un

personaje conocido como el “degollador”–, cuya distribución espacial excede el área nuclear de este desarrollo, llegando al Cuzco por el norte y al área de Tiwanaku por el sur (Chávez y Mohr Chávez 1970; Hoyt 1975; Chávez 1975). Por otro lado, el estilo cerámico Pukara se caracteriza por vasijas manufacturadas con pasta rica en mica y con un tratamiento de superficie alisado. Sin embargo, la alfarería más característica presenta decoración tricolor e incisa, teniendo entre sus motivos iconográficos líneas escalonadas incisas y curvilíneas, representaciones zoomorfas de felinos de frente y animales alados, además de elementos antropomorfos de rostros humanos de perfil y “cabezas trofeo”. Las formas de estas vasijas corresponden a vasos, escudillas, jarras y cántaros, además de “trompetas o sopladores” (Rowe y Brandel 1969-70). Esta alfarería presenta varias semejanzas con la de Chiripa y Kalasasaya, por lo que se plantean vínculos significativos entre estas entidades (Mujica 1978, entre otros).

Altiplano Meridional

Formativo Inferior y Medio (ca. 2000–100 AC). El Formativo en este sector del altiplano se encuentra representado por Wankarani (ca. 2000–100 AC), cuya distribución espacial se extiende al norte y noreste del lago Poopó, preferentemente al este del río Desaguadero. Hasta el momento, más de 15 sitios conforman esta ocupación, siendo el montículo más septentrional el de Wankarani y el

más meridional el de Wilake cerca a la ribera de dicho lago. De norte a sur se emplazan en lomajes ubicados en los faldeos de cerros próximos a fuentes de agua, los asentamientos de Kellakellani, Kelkana, San Andrés, Chuquiña, La Barca, Kellakollo, Belén, Toluma, Uspa-Uspa, Uspakollo, Sepulturas, Jiquilla, Machacamara, Sokotiña y Sorasora. Estos sitios se caracterizan por su forma tumular producto de la superposición de distintas ocupaciones a través del tiempo y por su coloración grisácea resultante de la acumulación de ceniza (Figura 2). Se plantea que estos asentamientos corresponden a comunidades semiautónomas unidas por lazos de parentesco y tradiciones comunes, más que a una entidad política singular, siendo una de sus manifestaciones materiales más representativas las cabezas líticas de camélidos, posiblemente expresiones de una creencia compartida en los momentos más tardíos de este desarrollo (Ponce 1970; Guerra 1995; Pärssinen 1999). Su economía estuvo sustentada en la agricultura y la ganadería, siendo elocuente la presencia de palas líticas y restos de camélidos en los contextos domésticos. No se describe ningún complejo agrícola en sus inmediaciones, por lo que no se sabe con certeza qué tipo de agricultura pudieron practicar, aunque es posible que los sitios Ancoma 1 y 2, Cayachata y Tholapampa, con terraplenes, canales y camellones, hayan sido ocupados por las poblaciones más cercanas al lago Poopó, ya que se encontró alfarería Wankarani en superficie (Michel 2000 Ms). La caza complemen-



Figura 2. Montículo Wankarani de Chuquiña.

tó la dieta de este grupo humano, tal cual lo demuestran los restos de taruca y los instrumentos vinculados a esta actividad, observándose también restos de pescado y aves en los basurales ubicados en los contornos de los túmulos (Estévez y Bermann 1996Ms y 1998Ms).

De estos montículos el más conocido es el de Wankarani (1210–250 AC), con al menos siete edificaciones sucesivas, cada una de las cuales fue levantada después del derrumbe de las casas previas, cuyos muros caídos sirvieron para formar la plataforma sobre la cual se edificaron los siguientes recintos. Estos se caracterizan por su forma subcircular, por presentar pisos preparados de arcilla y estar contruidos con cimientos de lajas paradas unidas con mortero y muros de arena comprimida con pasto o de piedras y adobe, los que sostuvieron un techo de material liviano también apoyado en postes de madera (Wasson 1967; Ponce 1970; Walter 1994). Al parecer, el nivel superior de casas se asocia cronológicamente a las esculturas líticas de camélidos y rostros antropomorfos, de manera similar a lo que pudo suceder en Chuquiña, San Andrés y Uspa-Uspa, donde este tipo de escultura sólo ocasionalmente se encuentra asociada a recintos (Guerra 1995; Estévez y Bermann 1996 Ms y 1998 Ms; Condarco 2001 Ms). Al igual que en el Altiplano Circumtítico, el contexto doméstico no se disocia en absoluto del ámbito ritual, ya que los entierros fueron realizados bajo los pisos habitacionales, ya sea en forma directa o en urnas funerarias, siendo estas últimas preferentemente ocupadas por infantes. Walter (1994) encontró 31 entierros en este montículo e identificó diferentes períodos de ocupación a través de los mismos, correspondiendo las tumbas formativas a inhumaciones realizadas directamente en la tierra, así como a otras tapadas con una losa de piedra. Cabe mencionar que se describen entierros de cráneos aislados, los que al igual que el resto de las sepulturas no presentan ofrenda alguna.

Wasson (1967) afirma que la alfarería de este sitio es monocroma y con bordes en coma, observando una clara diferencia entre la cerámica de los niveles superiores e inferiores. Walter (1994) agrega que fue manufacturada con una pasta con desgrasante de arena y mica, siendo las formas más comunes las ollas globulares, algunas con bordes engrosados, las escudillas y los cuencos. Las superficies de los tiestos se encuentran

alisadas y sus colores varían desde el café oscuro al amarillento. Por su parte, Ponce (1970) describe cuatro tipos cerámicos asociados a distintos momentos de ocupación y correspondientes a cerámica pulida a espátula, pulida lisa, alisada y vasijas revestidas de rojo, con asas y bordes pronunciados. En todas las muestras observadas se registraron figurillas antropomorfas y zoomorfas, así como también tubos de arcilla y algunas vasijas con decoración incisa. A los los objetos anteriores se suman los vasos-copa y las vasijas miniatura depositadas en el Museo Antropológico Eduardo López Rivas (Figura 3), que al parecer corresponderían a este sitio (Uribe y Ayala 2002 Ms).

Más al sureste, el montículo de Chuquiña evidencia una de las ocupaciones más tempranas de este sector del altiplano (ca. 2000–100 AC). Este sitio fue disturbado y aplanado en su cima con anterioridad, por lo que su ocupación más tardía pudo situarse en el Formativo Superior. Una de sus particularidades es la posible presencia de arquitectura pública representada por una estructura subcircular de 20 a 30 m de diámetro. En términos generales, la ocupación de este asentamiento es similar a la de otros montículos Wankarani, ya que se trata de un patrón aldeano con recintos de planta circular sobrepuestos una y otra vez; sin embargo, en este sitio se distingue una diferenciación espacial de las actividades, observándose que su sector central albergó una densa ocupación residencial, en cambio el talud oriental fue reiteradamente usado como basural y sector funerario. Los entierros despejados en este talud corresponden a sepulturas efectuadas directamente en el piso y, en ocasiones, bajo un círculo de grandes piedras, distinguiéndose tumbas con y sin ofrendas. Como parte integral de los rituales domésticos se encontraron “escondites” de bifaces y de manos, además de figurillas de arcilla (Estévez y Bermann 1996 Ms y 1998 Ms).

La alfarería de este sitio corresponde a fragmentos de color gris, naranja y café y evidencia una clara diferencia entre los tiestos de los niveles inferiores y superiores, distinguiéndose una cerámica manufacturada con desgrasantes rojos y/o negros en el nivel más bajo de ocupación, conocida como tipo Cascajo Aborigen. Asimismo, desde los niveles subsecuentes se registró un patrón de engrosamiento de las paredes de las vasijas, observándose diferencias entre el espesor de los tiestos de los niveles inferiores y superiores, a lo

que se suma un patrón de engrosamiento de los bordes. Cabe mencionar que el material lítico también apoya esta diferenciación, ya que se observó una variación en el tipo de materias primas utilizadas en los niveles superiores e inferiores (Estévez y Bermann 1996 Ms y 1998 Ms).

Otro asentamiento formativo de esta región es el montículo de San Andrés (ca. 2000–1200/1300 AC), donde se distingue una construcción sucesiva de recintos de planta subcircular, habiéndose despejado dos estructuras residenciales y dos posiblemente ceremoniales (Bermann y Estévez 1995; Estévez 1999 Ms). Las primeras se identificaron en la cima y al suroeste del montículo y fueron construidas con paredes de adobe o “*tepes*” cortados.⁵ Las segundas se construyeron en diferentes pisos de ocupación con cimientos de piedras, destacando la existencia de un piso muy bien compactado en una de ellas, en los límites del cual se encontró una “cabeza clava” de felino. En este montículo, los entierros tienden a realizarse en el sector este, directamente en el suelo ceniciento, sin asociación clara a los recintos. A igual que en Chuquiña, se distinguieron actividades cotidianas como la preparación y consumo de camélido, pescado y aves, horneado, manufactura de herramientas líticas y de tejidos, molienda de productos y fundición de cobre, así como actividades rituales que incluyen posibles “ofrendas de abandono de recintos” caracterizadas por la utilización de escondites de artefactos rituales, (Bermann y Estévez 1995). Otros asentamientos formativos de esta región son La Barca, Pukara 1 y Pukara-Pukara. El primero fue ocupado tanto en el montículo como en su espacio inmediato, observándose recintos subcirculares de distinto tamaño, y estructuras de almacenaje (Bermann 1995 Ms).

La alfarería de estos montículos se caracteriza por presentar una pasta rica en inclusiones de mica, arena y otros minerales, siendo su color café-naranja a gris oscuro. Las formas más comunes son los tazones con bordes acampanados y labios engrosados, siendo populares también las improntas de cestería en las bases. Un tipo alfarero distinto es el Negro de Wilaque que corresponde a vasos-copa con una base plana y ancha en forma de disco, jarras de brazuelo de cuello estrecho y ollas

abiertas de labio acampanado, manufacturadas con una pasta rica en inclusiones grises de cascajo triturado; sus superficies son alisadas o pulidas de color gris oscuro a negro.

Más al sureste, en la cuenca de Paria se encuentra el montículo de Uspa-Uspa, en el cual se distingue una posible sectorización de las actividades llevadas a cabo en su interior, ya que al parecer la cima fue preferentemente ocupada como lugar residencial, a diferencia del lado sur que sirvió como basural. Se distinguieron distintos niveles de construcción de habitaciones, estando éstas edificadas con cimientos de piedra y muros de arcilla firmemente prensada y entremezclada con paja (Condarco 2001 Ms). También aquí se distinguieron actividades cotidianas como la preparación y consumo de alimentos y molienda de productos. No se registró ningún indicio de arquitectura pública, ya que al parecer siguiendo una tradición generalizada a todos los montículos Wankarani, se practicó un “ceremonialismo doméstico” evidenciado, tanto en la asociación de cabezas clavadas con algunos recintos como en el hallazgo de ofrendas fundacionales de camélidos en determinadas estructuras. A esto se suma la existencia de “escondites” de cabezas de llama en el sector alto del montículo, al exterior de los recintos habitacionales (Guerra com. pers. 2001; Ponce 1970; Bermann y Estévez 1995).

En cuanto a la alfarería, es notoria la presencia de vasijas manufacturadas con pastas ricas en mica dorada, acompañada de inclusiones de cuarzo y otras de color blanco, negro y/o beige. Las superficies están pulidas por una o ambas caras y presentan tonalidades que van desde el negro hasta el café y el anaranjado; también se observan escasas vasijas rojas revestidas y/o pulidas. Se trata de formas restringidas y no restringidas, correspondientes a cántaros de paredes delgadas y bordes engrosados, cuencos de paredes convexas o evertidas de base plana, y platos (Figura 3). Asimismo, se detectan algunos fragmentos de cucharas y una considerable proporción de torteras o alisadores de cerámica. De igual modo, se distinguen escasos fragmentos de vasijas elaboradas con pasta densa en inclusiones vegetales, así como otras ricas en minerales negros y/o blancos (Uribe y Ayala 2002 Ms).

Formativo Superior (ca. 100 AC–800 DC). Hasta el momento es poco lo que se sabe acerca de los

⁵ Los *tepes* son bloques de barro arcilloso con abundante paja, que se cortan y sacan del suelo dándoles la forma de un pequeño adobe (Estévez 1999).

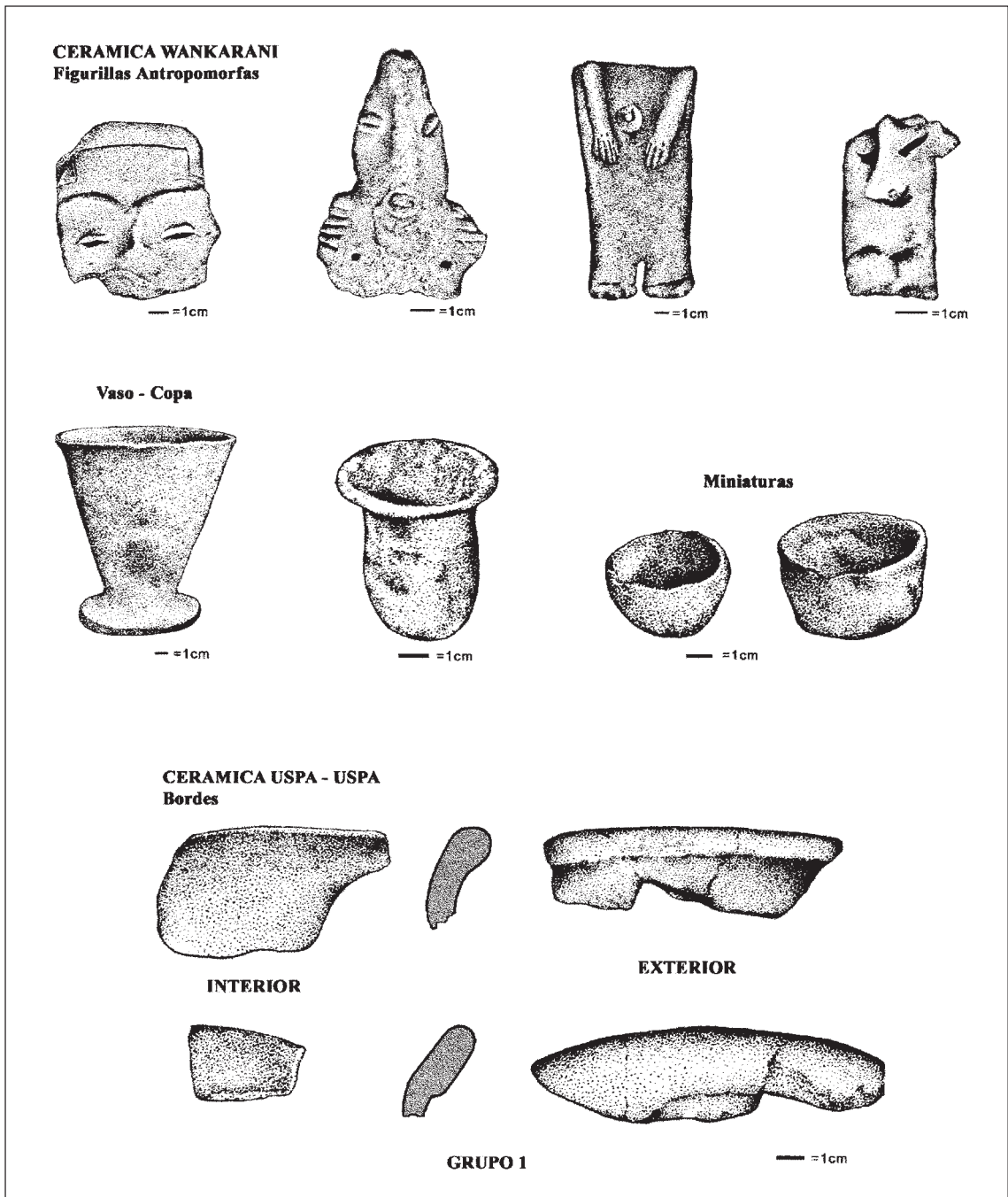


Figura 3. Cerámica formativa del Altiplano Meridional.

procesos sociales acaecidos en esta etapa, conociéndose sólo la entidad denominada Niña Lupita para el Altiplano Meridional, cuyos vínculos con Wankarani aún están escasamente esclarecidos, por lo que se plantea que pudo ser su sucesora o bien tratarse de desarrollos contemporáneos (Bermann y Estévez 1993).

Niña Lupita. Esta fase (600 DC–800 DC) fue identificada en el sitio homónimo y correspondería a las postrimetrías del Formativo en este sector del altiplano, estando su final marcado por una notoria declinación de la alfarería con pasta con mica, dando paso a aquellas vasijas vinculadas a Tiwanaku V y asignables a la Fase Jachackala

(800–1200 DC) del Período Medio. Este asentamiento difiere de los sitios Wankarani, ya que no se trata de una formación monticular; presenta recintos rectangulares y tiene un componente alfarero distinto. Sin embargo, sus similitudes radican en su emplazamiento, la presencia de viviendas circulares en algunos sectores y el registro de grandes cantidades de hachas de basalto negro y de escoria de fundición de cobre.

Los tipos alfareros que caracterizan a esta fase son: el Mica de Inti Raymi que presenta una pasta rica en este mineral, con superficies pulidas y/o alisadas de colores café rojizo a gris oscuro, correspondientes a vasijas no restringidas. El tipo Amarillo Niña Lupita, que se elaboró con diferentes variedades de pastas micosas, a menudo acompañadas de mineral blanco, correspondiente a tazones abiertos, ollas abiertas o de borde acampanado estrecho y vasijas de base directa, con baño alisado de color verde amarillento por el exterior. El tipo Anaranjado de la Joya corresponde a jarras (algunas con bordes engrosados) manufacturadas con pasta con mica dorada e inclusiones rojas, superficies pulidas y/o alisadas de color café claro. El tipo Conglomerado de Titina, que presenta una pasta con antiplástico de material triturado de color rojo, amarillo y blanco, superficies alisadas y ocasionalmente pulidas, está integrado por vasijas con bordes ligeramente acampanados y labios engrosados (Bermann y Estévez 1993; Bermann 1995 Ms).

Los indicadores artefactuales de la interacción

Los indicadores altioplánicos considerados en esta investigación

Considerando el objetivo de este trabajo y de acuerdo a los antecedentes entregados en las páginas precedentes, a continuación se sintetizan las características más relevantes de los indicadores altioplánicos cuya presencia en el Norte Grande se evaluará en este estudio.

En la región circumtiticaca el Formativo Inferior se encuentra representado por la Fase Tiwanaku I, caracterizada por la construcción de recintos rectangulares con muros de adobe y piedra, así como por una alfarería pulida y vasijas con decoración modelada, incisa y pintada, correspondientes a platos, ollas y jarras, elaboradas con una pasta

blanquecina. Paralelamente, en el valle bajo de Tiwanaku se identificó una ocupación Chiripa en Allkamari y otra asimilable a la Fase Huchani en Iwawi, representada esta última por ollas de pasta micácea, superficie espatulada, además de cuencos de labio engrosado, algunos bruñidos, con pasta café oscura a gris. Por otro lado, en Taraco se desarrolla Chiripa Temprano, con sitios con recintos rectangulares de adobe y piedra, posiblemente construidos alrededor de un patio hundido, asociados a un patrón funerario que persiste a lo largo de toda la ocupación del montículo, correspondiente a entierros directos depositados bajo los pisos habitacionales, ocasionalmente cubiertos con una losa de piedra, paja o varias piedras. En Santiago de Huata la Fase Kalake se identifica en caseríos con cerámica rica en inclusiones orgánicas y mica, con superficies bruñidas, alisadas, frotadas y “trapeadas”, de color negro, gris o café oscuro, además de revestidos rojizos y cafés. Se trata de ollas de cuello corto, medio y sin cuello, y cuencos, destacando los bordes engrosados o biselados. La alfarería decorada es escasa. Por otro lado, al noroeste del lago la Fase Qaluyo presenta sitios sin arquitectura pública y cerámica relacionada con Chiripa.

Durante el Formativo Medio, en el valle de Tiwanaku se identifica una ocupación Chiripa Tardía en Allkamari, que presenta un templete semisubterráneo, y otra asociada a Tiwanaku Temprano en sitios de menor magnitud. En Taraco se desarrolla Chiripa Medio, cuya población ocupa un espacio mayor al del montículo principal, utilizando alfarería elaborada con antiplásticos traslúcidos y fibra vegetal, con superficies bruñidas, alisadas, “trapeadas” o con acabado estuco, de tonos cafés, negros y grises; se trata de ollas de cuellos medios y cortos, jarras y cuencos. La decoración es pintada e incisa. Por otro lado, en Santiago de Huata se ocupan aldeas grandes y pequeñas que ocasionalmente presentan templetes o plazas comunales, observándose recintos habitacionales rectangulares en algunas de ellas. Los entierros continúan vinculándose a sectores habitacionales. La cerámica presenta distintas variedades de pastas con fibra vegetal, feldespato, mica y/o cuarzo, con superficies alisadas o bruñidas, generalmente revestidas de color rojo o café. Las formas corresponden a tazones, cuencos, jarrones de cuello medio y largo, siendo diagnósticos los bordes engrosados. Se registra decoración pintada e incisa. Posteriormente, durante la Fase

Chiripa Tardío los indicadores más sobresalientes son la arquitectura templaria, la iconografía lítica y los sistemas agrohídricos, observándose una ocupación persistente del montículo central de Taraco, con recintos rectangulares edificados con muros dobles de adobe y piedra, construidos en torno a un patio cuadrangular. Los entierros continúan realizándose directamente bajo las viviendas. La cerámica es rica en inclusiones de cuarzo acompañadas de fibra vegetal, con superficies café sin engobe y rojas revestidas. Se trata de ollas de cuello mediano, jarras y cuencos, algunos con bordes engrosados; también hay botellas y “trompetas o sopladores”. Es común la decoración pintada y la incisa. En Santiago de Huata más de la mitad de los asentamientos importantes tienen plazas o patios hundidos, eventualmente asociados a estelas líticas con iconografía Yaya Mama. Las vasijas son café y rojizas, con o sin engobe, distinguiéndose decoración modelada, incisa y/o pintada. La pasta tiene fibra vegetal y cuarzo. Se trata de cuencos, ollas de cuello corto y medio, jarrones de cuello largo y “trompetas o sopladores”. Por otro lado, en la ribera occidental del lago se desarrolla Sillumoco Temprano, sin rasgos arquitectónicos claros, con alfarería con desgrasante orgánico y otra sin él, de superficies pulidas y sin decoración, aunque también hay revestidas rojas o café; son ollas globulares, jarras y cuencos, algunos con borde grueso. Mucho más al norte se encuentra Cusipata con un estilo alfarero intermedio entre Qaluyo y Pukara.

Durante el Formativo Superior la Fase Tiwanaku III presenta casas de planta rectangular u oblonga con entierros en fosas simples. La alfarería doméstica es alisada o pulida y la decorada presenta diseños pintados y/o incisos, geométricos o figurativos. Se trata de platos, cuencos abiertos, ollas y vasos globulares, además de sahumadores con cabezas de felinos y botellines; la pasta es café a negra. En Santiago de Huata la Fase Pana Temprano se caracteriza por una proliferación de sitios pequeños y una menor ocupación de aquellos con arquitectura pública, usándose también sitios defensivos. La alfarería tiene una pasta rica en mica, cuarzo y fibra en menor medida, estando las vasijas engobadas de color marrón, negro y naranja, con superficies alisadas “a trapo”, alisado liso y bruñido. Se trata de tazones, cuencos, jarrones y tinajas. Las vasijas decoradas presentan modelados e incisiones, además de diseños pintados de formas geométricas y figurativas.

Posteriormente, durante la Fase Pana Tardío se registra un mayor número de asentamientos y una concentración poblacional en sitios de gran envergadura con arquitectura pública. Los entierros continúan realizándose bajo los recintos. La cerámica no decorada es semejante a la anterior, con distintas variedades de pastas ricas en cuarzo, mica y feldespatos, con superficies alisadas o alisadas “a trapo”; se trata de tazones y jarrones de cuello largo y medio, cuencos, *keros* y ollas esféricas. La mayoría es de color café claro, negro o café grisáceo, siendo escasos los decorados. Por otro lado, en Sillumoco Tardío se ocupa Tumatumani con sus recintos comunales sobre plataformas de planta cuadrangular y en forma de “U”, con algunos entierros bajo o dentro de los muros de estas plataformas. La alfarería es de pasta arenosa, aunque no desaparece el uso de la fibra, estando mayormente pulidas y revestidas de color rojo o café, tratándose principalmente de cuencos y “trompetas o sopladores”. Finalmente, al noroeste del lago se desarrolla Pukara, en cuya fase inicial se manufacturó cerámica micosa, con diseños geométricos pintados e incisos. Ya en su segunda etapa se registran recintos ceremoniales y estructuras habitacionales rectangulares con cimientos de piedra y muros dobles de adobe, distribuidas en forma de “U” alrededor de un patio semisubterráneo. Las representaciones escultóricas corresponden a figuras antropomorfas y zoomorfas, ya sea en forma naturalista o plasmadas en estelas líticas. La alfarería doméstica es alisada y se elaboró con pasta micosa; la decoración es tricolor e incisa, con motivos geométricos y figurativos. Se trata de vasos, escudillas, jarras y cántaros, además de “trompetas o sopladores”.

Más al sur, en el Altiplano Meridional el Formativo Inferior y Medio se encuentra representado por Wankarani, cuya población ocupó persistentemente asentamientos con recintos habitacionales de planta subcircular o circular, edificados con cimientos de piedra o lajas paradas, muros de barro comprimido con paja o paredes de piedra y/o adobe. Sólo en algunos casos se identificaron posibles estructuras de carácter comunal y muros perimetrales. Los entierros se realizaron directamente en el piso del montículo, ocasionalmente tapados con una plancha de piedra o con un círculo de piedras grandes. También se usaron urnas funerarias y posiblemente cistas. Por lo general, las sepulturas se efectuaron bajo los pisos habita-

cionales o en el talud del montículo, a escasos metros del sector residencial. La escultura lítica corresponde a representaciones zoomorfas y antropomorfas. La cerámica se caracteriza por una pasta rica en inclusiones de mica dorada, con superficies monocromas pulidas o alisadas de color negro, gris oscuro, café y anaranjado, además de algunas revestidas de rojo, correspondientes a vasijas globulares, ollas, escudillas y cuencos, varios con bordes engrosados, además de figurillas y “tubos o sopladores”. La escasa decoración es incisa o corresponde a improntas de cestería. Una segunda variedad de vasijas está elaborada con una pasta rica en desgrasantes rojos o negros y otra con una pasta con inclusiones grises, superficies alisadas o pulidas de color gris oscuro a negro, correspondientes a vasos-copa, jarras y ollas. Finalmente, el Formativo Superior está representado por la Fase Niña Lupita, cuyo asentamiento no es monticular e incluye recintos circulares y rectangulares. Su alfarería es rica en mica dorada y su combinación con otras inclusiones, además de las formas, el tratamiento y color de superficie, permitió definir distintos tipos alfareros, correspondientes a tazones, ollas y jarras, ocasionalmente con borde engrosado, de paredes pulidas, alisadas y/o revestidas, de colores que van del café oscuro al amarillento.

Los indicadores altiplánicos considerados en investigaciones previas

En los Valles Occidentales uno de los indicadores considerados para plantear la llegada de poblaciones altiplánicas es la semejanza observada entre la alfarería de sitios de Alto Ramírez y la descrita para diferentes entidades formativas de tierras altas (Rivera 1976; Santoro 1980a y b; Muñoz 1983 y 1987). Otro corresponde a los motivos de cabezas trofeo, representaciones felínicas y diseños escalerados identificados en algunas túnicas, bolsas y gorros de los cementerios Az-70, Az-71, Az-115 y Camarones 15-A, asimilados a diseños alfareros y escultóricos Pukara (Focacci y Erices 1971; Rivera 1976; Santoro 1980a y b). Junto con esto, la representación naturalista de un ofidio en cobre fundido y la decoración serpentiforme en las calabazas grabadas de Az-71 se comparan con los diseños de la escultura Chiripa (Santoro 1981). A ello se suma la presencia de productos altiplánicos y selváticos traídos a través de la meseta altoandina. Sin duda, uno de los indicadores más representativos de estos planteamientos son los

túmulos funerarios de Az-12, Az-70, Az-122 y Conanoxa E-6 por ser considerados parte de las costumbres mortuorias altiplánicas, al igual que la presencia de cabezas trofeo en estos y otros cementerios formativos (Rivera 1976 y 1994; Muñoz 1987; Mujica 1978). Por otro lado, se plantea que la Fase Alto Ramírez se extiende por la costa desértica hasta Cobija, donde también se construyeron túmulos funerarios, así como se establecen nexos ceramológicos, intermediados por poblaciones del interior, entre Cñaño Montículo y Wankarani (Núñez y Moragas 1978 y 1983; Moragas 1982).

En las quebradas intermedias los indicadores considerados para postular la existencia de colonias y/o una expansión altiplánica son las semejanzas vistas entre la alfarería de Tarapacá-6, Tarapacá-40, Caserones-1 y Ramaditas, con la descrita para Wankarani (Núñez 1967/68 y 1982a; Rivera 1976). El patrón de arquitectura circular que caracteriza a las aldeas de Guatacondo y Ramaditas (Mostny 1970; Meighan 1980; Rivera *et al.* 1995/96), así como las caras antropomorfas esculpidas en los muros de estos sitios, han sido vinculados con el Altiplano Meridional (Rivera *et al.* 1995/96). A esto se suma el diseño antropomorfo de una bolsa encontrada en Pircas, que se relaciona con la iconografía Pukara (Núñez 1982b y 1984; Muñoz 1989) y el icono zoomorfo de una manta de Tarapacá-40, cuya presencia es interpretada como un desplazamiento desde el norte (Paracas) vía altiplano (Núñez y Dillehay 1978). Productos como la papa y la quinoa rescatados del poblado de Caserones y el cementerio Tarapacá 40 A-B, también se consideran como evidencias de dicha interacción, gracias a la cual también se plantea el acceso a productos del oriente boliviano (Núñez 1982b).

En la desembocadura del río Loa los indicadores de los vínculos con tierras altas son la alfarería, la metalurgia y la presencia de lana y quinoa, además de la construcción de túmulos funerarios en Caleta Huelén-7, 10, 20 y 43 (Núñez 1976; Núñez y Dillehay 1978; Rivera 1995). En cambio, en el Loa Inferior, las relaciones con la meseta altoandina aún no han sido planteadas (Gallardo *et al.* 1993; Agüero *et al.* 2001). En el curso medio del Loa, a partir del registro alfarero y lítico, el campamento de Chiu Chiu 200 es visualizado como resultado de migraciones venidas desde las Selvas Occidentales, el Altiplano Meri-

dional y el este de Bolivia (Benavente 1981). Se considera que algunos productos ofrendados en las sepulturas de Topater son de procedencia altiplánica (Thomas *et al.* 1994), así como ciertos elementos iconográficos textiles se relacionarían con los diseños de la litoescultura Pukara y/o Chiripa, de manera análoga a lo que ocurre con algunos diseños del arte rupestre del Loa Superior (Rivera 1995; Sinclair 1999). También se establecen esferas de interacción con el Altiplano Circumtiticaca y Meridional, a partir de la presencia de cerámica Qeya, Chiripa y Wankarani, en la aldea de Turi-2 (Aldunate *et al.* 1986). Por otro lado, en el oasis de San Pedro de Atacama es, sin duda, la arquitectura circular de Tulor uno de los indicadores considerados para postular que sus orígenes están en el altiplano orureño, así como para hipotetizar que el arribo de dichos grupos se dio a través de Tarapacá, Guatacondo y la cuenca del Loa (Barón 1986; Llagostera *et al.* 1984). A esto se suma la alfarería de este sitio, que de manera similar a lo planteado para la aldea de Calar, evidencia claras influencias de la Puna Argentina, el sur boliviano y los valles de Tarija (Orellana 1988/89). A diferencia de lo anterior, en el sector más meridional del gran salar, en las aldeas formativas de Tulán-54 y Tilocalar, la alfarería evidencia vínculos con el Noroeste Argentino y las Selvas Occidentales, de manera análoga a lo observado en el Loa Superior, donde también el arte rupestre lo demuestra (Núñez 1992 y 1995; Sinclair 2001).

Los indicadores altiplánicos identificados en esta investigación

De acuerdo a los resultados de este trabajo, en los Valles Occidentales y el litoral del extremo norte de Chile no se tienen evidencias que avalen la presencia de vasijas domésticas o decoradas pertenecientes a alguna de las entidades formativas del Altiplano Circumtiticaca o Meridional. En efecto, considerando en su conjunto los distintos atributos formales, estructurales, de tratamiento de superficie y/o decoración descritos páginas atrás, no es posible afirmar que durante el Período Formativo se hayan traído tiestos cerámicos desde el altiplano y que éstos hayan sido ofrendados en los cementerios de los valles y la costa de Arica y Camarones. Esto se puede postular con certeza, debido a que el estudio de las colecciones de Az-14, Az-70, Az-71, Az-115, Az-122, PLM-7 y Cam-15 mostró la presencia de dos componentes

cerámicos locales, los grupos alfareros Alto Ramírez y Faldas del Morro (Ayala y Uribe 2001; Uribe y Ayala 2002 Ms) (Figura 4).⁶ En términos generales, son acertados los planteamientos acerca de ciertas semejanzas entre la alfarería de estos sitios y la de tierras altas, ya que si consideramos atributos aislados de los distintos componentes cerámicos sí es posible establecer algunas similitudes, aunque ciertamente no significativas como para postular la llegada de bienes alfareros desde el altiplano. Al respecto y en un ejercicio por buscar las analogías, se pueden plantear semejanzas formales (p.e., ollas de cuello corto) y de tratamiento de superficie (alisado o pulido espatulado, revestido), entre la cerámica de los valles y costa ariqueña y la descrita para el altiplano en general; sin embargo, dichas similitudes parecen reflejar más bien la práctica de soluciones tecnológicas compartidas por estas sociedades, en un período en el cual el contacto cultural no sólo permitió el intercambio de productos sino también de ideas y experiencias acerca de la fabricación alfarera, lítica y metalúrgica, entre otras. En este sentido, los atributos de forma y tratamiento de superficie no son del todo adecuados para establecer nexos culturales en este período, ya que se trata de características más bien comunes a los componentes alfareros en cuestión, haciéndose necesario resaltar indicadores mucho más específicos como el borde reforzado utilizado en la construcción de ciertas vasijas de Chiripa y Wankarani, ya que este atributo se observa a lo largo de gran parte de su desarrollo histórico cultural. La pasta también es un indicador válido para diferenciar la industria alfarera de los distintas entidades formativas, ya que es notoria la utilización de desgrasante orgánico en la cerámica Chiripa y de inclusiones de mica en las vasijas Wankarani, así como de antiplásticos minerales en el grupo alfarero Alto Ramírez. No obstante, el uso de desgrasante vegetal en Chiripa y Faldas del Morro, parece responder a soluciones tecnológicas independientes, pues presentan notorias diferencias en otros aspectos, siendo difícil afirmar que hay piezas Chiripa en el extremo norte de Chile.

⁶ El primero de estos grupos corresponde a ollas de pasta con inclusiones minerales y superficies mayormente alisadas y ennegrecidas, y el segundo a ollas y cuencos de pasta rica en desgrasante vegetal y superficies fundamentalmente alisadas.

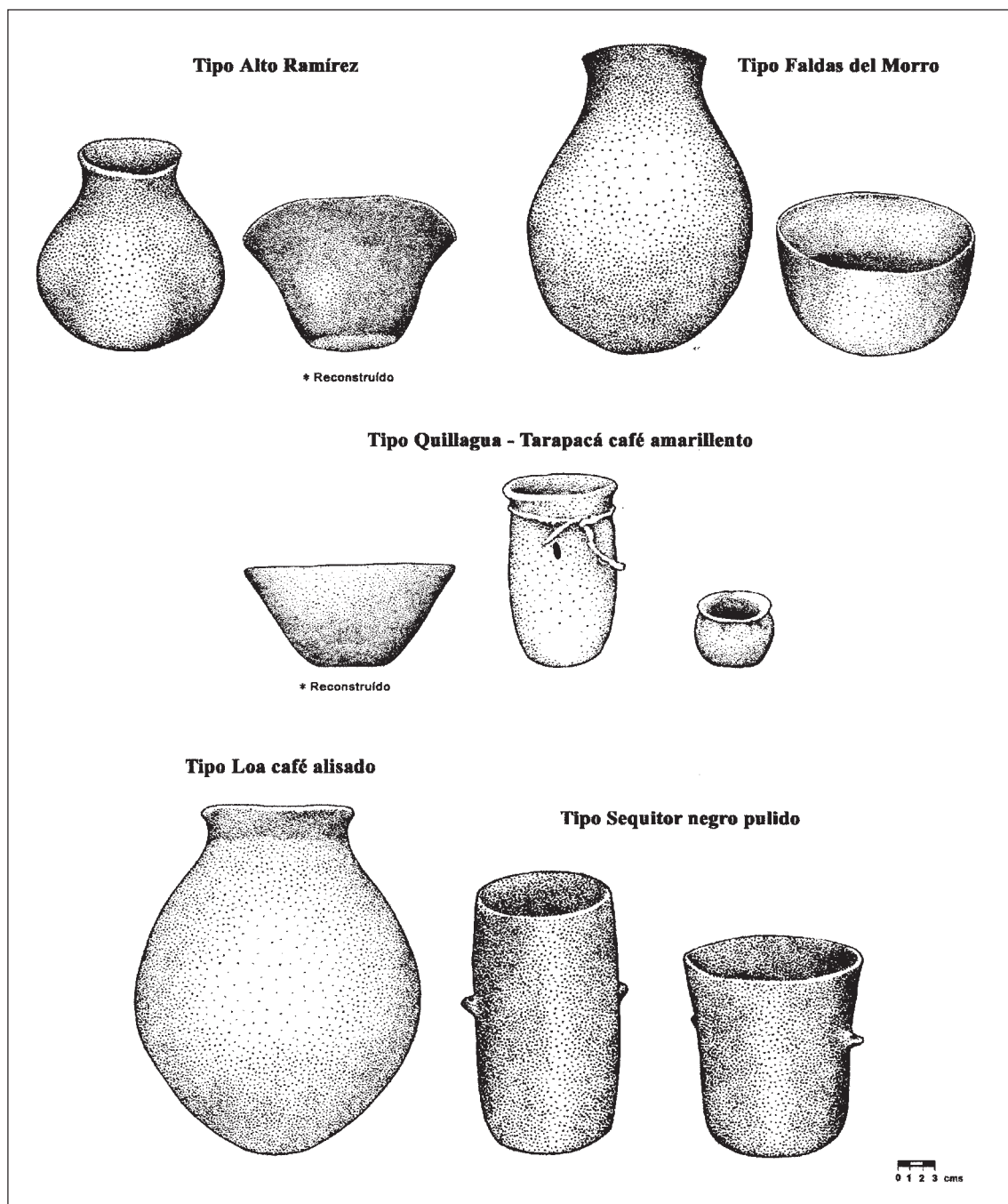


Figura 4. Cerámica formativa del Norte Grande de Chile.

Respecto a los indicadores iconográficos, en base al estudio realizado por Horta (2001 Ms) es posible afirmar que en los Valles Occidentales y la costa asociada no hay elementos suficientes para postular que ciertos gorros, bolsas y túnicas de los cementerios Az-70, Az-71, Az-115 y Camaro-

nes 15-A tengan una filiación cultural Pukara o Chiripa, ya que de acuerdo al análisis mencionado las relaciones establecidas se sustentan en analogías de atributos aislados que no consideran los rasgos masivos particulares a cada uno de los universos iconográficos comparados. Respecto a

los característicos gorros tubulares azapeños, confeccionados en técnica de anillado, cuyo diseño escalonado piramidal de tres peldaños se consideró análogo al de la iconografía Pukara, se vio que en ningún caso este motivo se corresponde formalmente con el descrito para dicho desarrollo,⁷ siendo recurrente este escalonado también en algunas bolsas anilladas de otros sitios del extremo norte de Chile y del sur peruano (Figura 5).⁸ Dentro de las prendas elaboradas con técnica de tapicería, se pueden emparentar iconográficamente con estos gorros y bolsas a dos túnicas y a una bolsa decoradas con un motivo antropomorfo central de cabeza radiada –acompañada con iconos zoomorfos o escalonado piramidal de cuatro peldaños–, y a un fragmento de función no identificada, cuyo diseño de cabeza rodeada por escalerados de tres y cuatro peldaños –acompañada por motivos zoomorfos y cruces– permite incluirlo en el mismo círculo iconográfico. Según Horta (2001 Ms), este tipo de motivos figurativos se concentran fundamentalmente en el valle de Azapa y serían la derivación abstracta de un tema iconográfico denominado “ser antropomorfo frontal de cabeza radiada”, disperso territorialmente en la Pampa del Tamarugal y el Loa. Ahora bien, considerando las técnicas de tapicería enlazada y ojalada con que fueron manufacturadas estas piezas, es posible



Figura 5. Gorros tubulares con decoración escalonada del sitio Azapa-70.

⁷ En Pukara este diseño corresponde a un triángulo de hipotenusa escalonada que constituye la mitad de una unidad integrada por dos triángulos opuestos.

⁸ Se conocen seis gorros tubulares con esta decoración en Az-14, Az-70 y Az-122. Este diseño y algunas variantes fueron identificados en una bolsa publicada por Rivera (1984), en otra de Cam-15 y en seis del sur peruano (depositadas en el Museo Chileno de Arte Precolombino). Las túnicas y la bolsa que se describen a continuación son de Az-70 y el fragmento n/í a Az-115 (Horta 2001 Ms).

plantear que se trata de una tecnología local y/o costera, a diferencia de la tapicería entrelazada con que se construyó la única pieza probablemente altiplánica del universo textil de Valles Occidentales (Agüero y Cases 2001). Se trata del deformador craneano de Az-70, caracterizado por la representación de rostros humanos de perfil, cuya técnica de manufactura ha sido documentada sólo en tejidos con iconografía Tiwanaku, siendo también sus diseños decorativos intrusivos en el universo iconográfico antes descrito, pudiendo provenir de cualquier punto del Altiplano Circumtiticaca o del sur peruano (Figura 6). Por otro lado, respecto a la presencia de cabezas trofeo como indicador de las influencias altiplánicas, cabe mencionar que esta práctica tiene una amplia distribución cultural y temporal, ya que se la identifica en Chavín, Nasca, Paracas, Pukara, Tiwanaku, Condorhuasi y La Aguada, además de registrarse en cementerios correspondientes al Arcaico Tardío y el Formativo del Norte Grande, razón por la cual su calidad de indicador cultural de las sociedades formativas circumlacustres es cuestionable.

Es importante destacar la ausencia total de litoescultura Pukara, Chiripa o Wankarani en los Valles Occidentales y la costa de Arica y Camarones, así como de arquitectura en piedra y/o adobe, similar a la descrita para el Altiplano Circumtiticaca y Meridional, habiéndose construido más bien estructuras semicirculares de material liviano en sectores cercanos a algunos cementerios y áreas de cultivo (Muñoz 1983). De acuerdo a lo descrito para el altiplano, uno de los rasgos más sobresalientes del modo de vida de estas poblaciones es la utilización de un mismo espacio para los vivos y para los muertos, razón por la cual a la hora de hablar de su forma de habitar no se pueden dejar de mencionar sus ritos mortuorios.

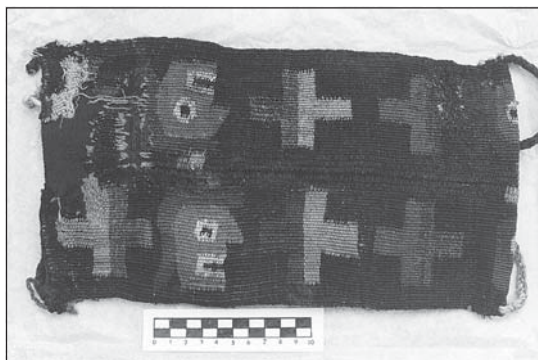


Figura 6. Deformador craneano del sitio Azapa-70

Tanto en las diferentes manifestaciones formativas asentadas alrededor del lago Titicaca como en las distribuidas a lo largo del río Desaguadero, por lo general los entierros se realizan bajo los pisos habitacionales o cerca de las áreas residenciales, por lo que se podría afirmar que el concepto de cementerio prácticamente no está presente en las tierras altas durante este período. A diferencia de lo anterior, las poblaciones formativas que habitaron los Valles Occidentales y su litoral sí contaban con un lugar especialmente destinado para sepultar a sus muertos, tal cual lo demuestran los cementerios de Az-12, Az-14, Az-70, Az-71, Az-122, Camarones 15 A-B, Conanoxa E-6, Morro-2, Morro-2/2, Playa Miller-7 y Punta Pichalo, de los cuales ninguno presenta una ocupación doméstica sobre las tumbas, siendo posible identificar sectores residenciales en las cercanías de algunos de ellos (Az-71, 122, Camarones 15 A-B). Este es un aspecto importante de resaltar, ya que evidencia el manejo de concepciones distintas respecto a los difuntos y antepasados, las que sin duda denotan un cuerpo de creencias particulares a tierras altas y bajas, cada una de las cuales debió tener interpretaciones propias a cada sector del altiplano o de los valles, oasis y costa de la vertiente occidental.

Continuando con los patrones mortuorios, se cuenta con diferentes motivos para problematizar la supuesta filiación altiplánica de los túmulos funerarios o ceremoniales de los Valles Occidentales, la costa desértica, el litoral del Loa y el oasis de Quillagua (Montt 2002 Ms). Uno de ellos se refiere a la ausencia absoluta de este tipo de sepulturas en el Altiplano Circumtiticaca y Meridional, donde las tumbas formativas son subterráneas, por lo que se puede afirmar que en la meseta altoandina no hay ningún referente mortuario que avale aquel mencionado origen altiplánico. Junto con esto, la analogía establecida entre los túmulos funerarios o ceremoniales de Alto Ramírez y los montículos habitacionales de Chiripa y Wankarani se basa en una mera semejanza formal, sucediendo algo parecido a lo observado con los indicadores alfareros e iconográficos, ya que sólo se consideró la presencia de rasgos tumulares en ambas áreas, sin reparar en el contexto global en el cual estaban insertos; tampoco se tomaron en cuenta sus diferencias funcionales ni sus características constructivas, ya que los túmulos altiplánicos son el resultado de una depositación residencial no intencionada de derrumbes de mu-

ros, rellenos y reconstrucción de recintos, muy distinta a la depositación intencional de capas vegetales y sedimentos de los montículos de los valles y costa del norte de Chile (Figuras 2 y 7). Apoyan la idea de un origen local de estas construcciones sus antecedentes en la Fase Azapa, ya que en Az-14 y Az-71 se registran montículos funerarios incipientes que no llegan a constituir túmulos. A esto se suma la distribución costera y en valles bajos de este tipo de tumbas, registrándose en los cementerios de Az-70, Az-122, Conanoxa E-6 en los Valles Occidentales, Cobija-10 en la costa desértica, Caleta Huelén-7, 10, 20 y 43 en la boca del Loa y Qui-89, 90 y 91 en Quillagua (curso inferior del Loa), destacando la desembocadura del Loa por presentar el mayor número de túmulos, y Cobija por la integración de conchas en la construcción de los mismos (Rivera 1976; Muñoz 1987; Núñez 1976; Moragas 1982; Agüero et al. 2001). En este sentido, no se puede dejar de mencionar la presencia de montículos funerarios en sitios formativos de los valles de Ilo, Locuma, Sama y Caplina del sur peruano (Owen 1991 Ms; Gordillo 1997).

Por otro lado, recientes investigaciones mostraron que la quebrada de Tarapacá se constituyó como uno de los centros de producción cerámica más consolidados durante el Formativo, ya que allí se manufacturó una alfarería propia en cuanto a tecnología y morfología. Se trata del tipo Quillagua-Tarapacá Café Amarillento (QTC) que fue definido a partir del registro alfarero de Quillagua y Tarapacá 40A-B (Ayala y Uribe 2001)⁹ y cuya presencia puede inferirse también en Pircas, Caserones-1 y 5, Tarapacá-6, Guatacondo-1 y 12, y Ramaditas (Mostny 1970; Núñez 1967/68; 1982a y b y 1984; Meighan 1980; Rivera 1976; Rivera et al. 1995/96). Junto a estas vasijas se distinguen otras correspondientes al tipo Loa Café Alisado (LCA),¹⁰ así como derivaciones de la cerámica pulida de San Pedro de Atacama, destacando las

⁹ Este tipo de vasijas se confeccionó con una pasta con antiplástico mineral y orgánico y corresponde a botellas, ollas, tazones, vasos, platos y cuencos, de tamaño normal y miniaturas. No cuentan con un tratamiento de superficie en estricto, ya que las piezas se trataron durante su moldeado, dejando la superficie sin alisar o pulir, o rasmillada.

¹⁰ El tipo LCA tiene una pasta rica en inclusiones blancas y superficies alisadas, tratándose de vasijas restringidas, de cuerpo ovoide, cuello hiperboloide, bordes en coma y base convexa apuntada.

primeras por presentar bordes en coma, cuya presencia es notoria también en el Loa Medio y Superior (Sinclair *et al.* 1997) (Figura 4). Considerando entonces en conjunto los atributos de pasta, forma, tratamiento de superficie y/o decoración de los distintos componentes altiplánicos, se puede plantear que en las quebradas intermedias no se registran bienes alfareros de las entidades formativas de tierras altas, apoyando así lo postulado para la aldea de Caserones, donde se registró una industria cerámica netamente local (Núñez 1982a). Sin embargo, se observan ciertos parentescos a través de la elaboración de vasijas miniatura, tanto en Wankarani como en Tarapacá y en base a la utilización de vasijas simples con bordes engrosados en Chiripa, Wankarani, la Pampa del Tamarugal y la cuenca del Loa (Uribe y Ayala 2002 Ms). A estas semejanzas puede sumarse la presencia de figurillas antropomorfas o zoomorfas, de arcilla cruda o cocida, tanto en los túmulos habitacionales de Wankarani como en Guatacondo-1, Ramaditas y Tarapacá-40. Pero las diferencias radican en las características estilísticas, formales y decorativas de dichas figuras, observándose, por ejemplo, que a diferencia de las altiplánicas las de Tarapacá suelen presentar la aplicación de cabellos en la cabeza y/o un falde-lín miniatura como atuendo; además, las figurillas de Wankarani se encuentran en “escondrijos” al interior de algunos recintos y las de Tarapacá-40 en contextos mortuorios, siendo el caso de las aldeas de Guatacondo-1 y Ramaditas menos claro en cuanto a contexto específico se refiere (Núñez 1967/68; Meighan 1980; Rivera *et al.* 1995/96; Ponce 1970; Bermann y Estévez 1995).

Por su parte, el universo textil de Tarapacá-40 está compuesto por tejidos en faz de urdimbre, correspondientes a piezas de tamaño normal (mantas y túnicas) y a miniaturas de distinto tipo. En este conjunto textil están escasamente representados los tejidos en tapicería, dos de los cuales se relacionan iconográficamente a Tiwanaku IV, a diferencia de un fragmento de manta, cuyo diseño decorativo (serpiente bicéfala) lo vincula con la costa sur peruana, destacando una ausencia total de piezas catalogadas como formativas altiplánicas (Agüero y Cases 2001). Una tercera tapicería de carácter foráneo es la bolsa encontrada en un escondrijo de la aldea Pircas-1, cuyos rasgos iconográficos, correspondientes a un rostro antropomorfo de ojos y boca rectangulares, esta última atravesada por dos líneas verticales, no tienen par-

gón en el Norte Grande, siendo dudosa su relación iconográfica con Pukara si se considera la configuración de diseños descritos para su escultura y alfarería (Chávez y Mohr Chávez 1970; Chávez 1975). No obstante, el carácter foráneo de este tejido se ve apoyado también por otra pieza encontrada en el mismo contexto, cuyas características estructurales y de formato son completamente desconocidas en el formativo chileno (Núñez 1982b; Muñoz 1989). De acuerdo al estudio realizado por Horta (2001 Ms), distintos soportes materiales como los textiles, los metales, la roca y el suelo evidencian la distribución de un círculo iconográfico caracterizado por un “ser antropomorfo frontal de cabeza radiada” entre la Pampa del Tamarugal y la cuenca del Loa, fundamentalmente. En efecto, las analogías iconográficas observadas entre ciertos textiles en tapicería de Chorrillos y Topater, un geoglifo de Cerro Unitas, un grabado de la quebrada de Aroma y otros de Ariqueña y Tamentica, además de una lámina de oro encontrada en una tumba de Guatacondo, permiten plantear la existencia de un tema iconográfico, cuyo personaje protagónico es, sin duda, un ser antropomorfo de cabeza radiada, cuya alusión abreviada se restringe al valle de Azapa y al Alto Loa (Horta 2001 Ms). Según Sinclair (1999) la configuración iconográfica de los tejidos de Chorrillos y Topater es similar a la del estilo de arte rupestre Cueva Blanca del Loa Superior y al de la litoescultura Pukara y Chiripa. Al respecto, coincido en que se pueden establecer ciertas semejanzas entre la iconografía del tejido de Chorrillos y la observada en una estela del estilo Yaya Mama en particular (Taraco), sin embargo, también son claras las diferencias y evidentemente no se puede afirmar que se trata de iconografía Chiripa, sucediendo algo parecido a lo que se observa con otro tipo de materialidades en este territorio, donde al parecer no hay bienes artefactuales traídos del altiplano, aunque sí una configuración de elementos emparentados con los descritos para la meseta altoandina.

En los momentos formativos iniciales en las quebradas intermedias, los asentamientos se caracterizan por la edificación de viviendas de material liviano, a diferencia de tiempos posteriores cuando se emplea la piedra y el adobe para construir (Núñez 1982a y b; Rivera *et al.* 1995). En términos muy amplios se distinguen dos patrones arquitectónicos, uno más propio de la quebrada de Tarapacá conformado por las aldeas de Casero-

nes-1 y Pircas-1, que presenta recintos de piedra mayormente rectangulares y cuadrangulares, que en Caserones se vinculan a un espacio comunal, y otro circunscrito a la quebrada de Guatacondo e integrado por la aldea homónima y Ramaditas, ambas edificadas con viviendas de planta circular, con muros de adobe o piedra y argamasa de barro, asociadas a espacios de similar morfología y uso público (Mostny 1970; Núñez 1967/68; 1971, 1982, 1984; Meighan 1980; Rivera *et al.* 1995/96). Aparte de un forzoso alcance meramente formal, el patrón constructivo de los recintos descritos para Caserones-1 y Pircas-1 no se asemeja a los del Altiplano Circumtiticaca, ya que la modalidad habitacional de los desarrollos Chiripa, Tiwanaku y Pukara se caracteriza por presentar estructuras de planta rectangular o cuadrangular, de muros dobles con un espacio interior vacío, que en determinados momentos se asocian a estructuras de carácter monumental, como los templos semisubterráneos y/o las plazas. Por otro lado, se pueden establecer ciertos parentescos entre la morfología circular y el material constructivo de las viviendas de Wankarani y las de la quebrada de Guatacondo, sin embargo, se diferencian en la manera de habitar dichos espacios, ya que en los montículos orureños el crecimiento de la ocupación es “vertical” y en las aldeas quebradeñas es más bien “horizontal”. Hasta el momento no se cuenta con información acerca de posibles antecedentes del patrón arquitectónico circular en la quebrada de Guatacondo, sin embargo, se podría dirigir la atención hacia la desembocadura del río Loa, donde el sitio Caleta Huelén 42, a pesar de ser Arcaico, presenta un tipo de construcciones circulares que podrían dar luces al respecto (Núñez *et al.* 1975; Zlatar 1983).

Por otro lado, en ambas quebradas la modalidad de ocupación del espacio considera la separación de los ámbitos domésticos y funerarios, observándose que cada aldea cuenta con su o sus cementerios (Pircas-2 y 6, Caserones-5, Tarapacá-6, Tarapacá 40 A-B, Guatacondo 5-A y 12), de manera distinta a lo que sucede en el Altiplano Circumtiticaca y Meridional. De acuerdo a la alfarería y textiles de estas aldeas y cementerios, se puede postular un origen más bien local de sus ocupaciones, las que evidentemente presentan un conjunto de elementos emparentados con Wankarani, a los que es posible agregar la existencia de escondrijos en el poblado de Pircas-1, en uno de los cuales se encontró una bolsa con

elementos rituales, así como en otros se ofreció cerámica fragmentada, capachos, cestos, hilos, cucharas, maíz, porotos, algarrobo, tejidos, figuras antropomorfas y zoomorfas en madera (Núñez 1982b; Uribe y Ayala 2002 Ms). Junto con ello, es posible observar ciertas similitudes estilísticas entre algunos rostros antropomorfos esculpidos en los muros de Guatacondo y Ramaditas, y aquellos que caracterizan parte de la escultura lítica Wankarani, sin embargo, en este último caso se trata de verdaderas “cabezas clavadas”, que sólo en determinadas ocasiones están anexadas a los muros de un recinto, encontrándose también en escondrijos o clavadas en la parte central de un montículo (Guerra 1995; Bermann y Estévez 1995; Condarco 2001 Ms). Con todo, hasta el momento es evidente que la interacción visualizada entre las poblaciones del extremo norte de Chile y los desarrollos formativos altiplánicos, es distinta a la que se distingue entre las quebradas intermedias de Tarapacá y Guatacondo con el Altiplano Meridional, y más débilmente, con Chiripa.

En el ambiente costero, de acuerdo a lo planteado por Núñez y Moragas (1983), es factible establecer ciertos paralelos entre la cerámica de Cádiz y aquella de Wankarani si se consideran atributos tan amplios como su monocromía, la ausencia de asas y la presencia de pulido a espátula y alisado y pulido liso, sin embargo, como ya se mencionó anteriormente, el indicador más diagnóstico de dichos parentescos es la descripción de algunos bordes en coma, ya que las características antes descritas son comunes a gran parte de los universos alfareros del Norte Grande y del altiplano. Por otro lado, en la desembocadura del río Loa el registro alfarero, textil y funerario evidencia claros vínculos con las ocupaciones de la costa desértica, la cuenca del Loa, Tarapacá y el valle de Azapa, siendo casi inexistentes los indicios de elementos altiplánicos, tal cual fue observado con anterioridad en el cementerio tumular de Cobija-10, donde a su vez se observan relaciones ceramológicas con Cádiz, Caleta Huelén y Azapa (Moragas 1982; Agüero *et al.* 2001).

Se puede afirmar con certeza que en el curso inferior del Loa no se registran alfarería o textiles procedentes del Altiplano Circumtiticaca o Meridional, a diferencia del hallazgo de algunos artefactos claramente procedentes del Noroeste Argentino, como una pipa Ciénaga recuperada del

sitio Qui-96, conformando así una esfera de interacción que es más evidente a medida que se asciende por el Loa, y de la cual también participó el oasis de San Pedro de Atacama (Ayala y Uribe 2001; Agüero y Cases 2001). En efecto, el registro alfarero de Quillagua está conformado por una industria claramente local, que denota fuertes vínculos con la cuenca del Loa y Tarapacá a través de los tipos cerámicos Quillagua-Tarapacá Café Amarillento y Loa Café Alisado (Figura 4). Es importante mencionar que la presencia de bordes en coma en las vasijas del último tipo, en ningún caso es tan elocuente como en el sector superior del Loa, razón por la cual los parentescos alfareros con Wankarani o Chiripa apenas se vislumbran. Por otro lado, respecto a los textiles de este oasis son escasos aquellos que presentan motivos decorativos, estando la decoración más bien circunscrita a efectos logrados con la técnica de manufactura, destacándose los gorros tubulares por presentar diseños escalerados análogos a los de Azapa, los que de acuerdo a Horta (2001 Ms) difieren completamente de los descritos para la iconografía del sector noroccidental del Altiplano Circumtiticaca.

En cuanto al patrón de asentamiento de este territorio, es evidente la separación de los ámbitos mortuorio y residencial, observándose que las tumbas más populares son las subterráneas hechas directamente en el suelo, tal como las encontradas en el sitio Qui-84, donde el patrón de enterramiento muestra una configuración análoga a la de Tarapacá, destacando en éste y otros cementerios una práctica muy local de ofrendar placas de cal unidas con hilados (Carrasco 2001; Agüero *et al.* 2001). En este cementerio se encontraron dos pozos con ofrendas alrededor del entierro de un neonato, los que presentan cierta semejanza formal y contextual con los escondrijos descritos para los sitios de Pircas-1 y Wankarani, ya que allí se depositaron fragmentos cerámicos, cestería y/o restos vegetales, siendo diferentes en relación al tipo de sitios en los cuales están insertos. Otros sitios presentan túmulos ceremoniales y/o funerarios análogos, morfológica y estructuralmente, a los descritos para los Valles Occidentales y la costa desértica. La excavación de uno de ellos (Qui-89) evidenció una significativa presencia de elementos de la costa en su construcción, apoyando la idea de una filiación costera para este tipo de formaciones (Agüero *et al.* 2001) (Figura 7). Respecto a los sitios habitacionales de Quillagua, al-

gunos de ellos se caracterizan por la construcción de viviendas de material liviano, localizadas a la sombra de un árbol, cuya descomposición, sumada a la acumulación de arena, derrumbe de las casas y depositación de basura, dio como resultado la formación de montículos de distinto tamaño, destacando el asentamiento de La Poroma-1 (Qui-76) por configurarse como uno de los sitios más densamente ocupados del período. De acuerdo a esta particular conformación de los sitios habitacionales de Quillagua, es evidente que estos distan mucho de los descritos para Wankarani, donde la ocupación se realizó sobre lomas cercanas a cursos de agua, correspondiendo su formación principalmente al derrumbe de muros, la depositación de rellenos de nivelación del terreno y la construcción reiterada de viviendas.

En el Loa Medio, el cementerio de Topater no registra ofrendas de cerámica del Altiplano Circumtiticaca o Meridional, pero sí hay evidencias claras de su participación en un circuito de tráfico de bienes alfareros del Noroeste Argentino, tal cual lo demuestran las jarras del tipo Topater Negro Pulido y un vaso con modelado antropomorfo provenientes del valle Calchaquí (Thomas *et al.* 1994; Ayala y Uribe 2001). Al parecer, estas relaciones se remontan a momentos iniciales del Período Formativo, tal cual lo demuestran los hallazgos realizados en Chiu Chiu 200, donde además se describe alfarería de las Selvas Occidentales y del sur boliviano (Benavente 1981). En sitios como Villa Chuquicamata y los registrados por Pollard (1970) para el Loa Medio, es posible identificar vasijas con bordes reforzados, los que se encuentran significativamente representados en sitios formativos del Loa Superior, donde estos bordes son populares en el tipo Loa Café Alisado, siendo posible plantear entonces,



Figura 7. Túmulo ceremonial del sitio Qui-89.

cierto parentesco con la alfarería de los desarrollos Chiripa y Wankarani. Sin embargo, a diferencia de otros sectores del Norte Grande, en la vega de Turi sí se encontró cerámica de los alrededores del lago Titicaca y el río Desaguadero, ya que en la aldea de Turi-2 se identificó un fragmento de vasija decorada Qeya y “tubos o sopladores” como los descritos para Chiripa y Wankarani. Al parecer, este fue uno de los centros de intercambio más importantes de la época, ya que en él no sólo circularon bienes del Altiplano Circumtiticaca y Meridional, sino también y sobre todo vasijas de los tipos Vaquerías, Campo Colorado, Condorhuasi, Ciénaga, Candelaria y La Aguada del Noroeste Argentino, además de tientos y pipas San Francisco de las Selvas Occidentales (Aldunate *et al.* 1986; Tarragó 1989; Castro *et al.* 1992). Es interesante observar que el componente cerámico altiplánico no está presente en otros asentamientos del Loa Superior, a diferencia de las vasijas trasandinas que también se encuentran en la aldea de Chulqui y el sitio Los Círculos, a lo que se suma el hallazgo de paneles de arte rupestre con iconografía Ciénaga y La Aguada, y el registro de una cabeza lítica de estilo Alamito en la subregión del Salado (Sinclair 2001).

Así como la alfarería evidencia que este sector del Loa participó de la esfera de desarrollo del oasis de San Pedro de Atacama, también muestra que el salar formó parte del mismo circuito de movilidad de bienes alfareros provenientes del Noroeste Argentino, las Selvas Occidentales, el altiplano sur boliviano y los valles tarijeños, siendo inexistentes en el salar los bienes artefactuales originarios del Altiplano Circumtiticaca y Meridional, tal cual lo demuestran los hallazgos de Tulán-54, Calar, Tulo y los componentes formativos de los cementerios de Solor-6, Quito-5, 6, 7 y 8, Tchécar, Séquitur Alambrado Acequia y Oriental y Toconao Oriente (Le Paige 1964 y 1971; Orellana 1988/89; Llagostera *et al.* 1984). Respecto a la filiación altiplánica de la aldea de Tulo, sin duda es posible establecer ciertos parentescos en cuanto a sus características formales y material constructivo, sin embargo, coincido con Núñez (1992) en que los antecedentes de este patrón arquitectónico están en el mismo salar, en asentamientos como Tulán-54 y Calar, ambos correspondientes a momentos más tempranos del Formativo atacameño. Algo similar se observa en el Loa Superior, ya que la proliferación de aldeas

de planta circular como las de Chulqui, Incahuasi Temprano, Turicuna y Quebrada Chica, tiene sus antecedentes en sitios como Los Morros III y La Mórula, cuyas características constructivas son análogas a los de la Fase Tilocalar (Adán y Uribe 1995; Sinclair 2001). De este modo se evidencia que desde el Loa hacia el sur, los nexos con el Altiplano Circumtiticaca y Meridional adquieren otro cariz, siendo notoria la diferencia en cuanto a la presencia de algunos bienes alfareros altiplánicos en el río Salado, así como en lo que respecta a la esfera de interacción con el Noroeste Argentino y las Selvas Occidentales.

Conclusiones

A partir de la problematización y cuestionamiento de los indicadores considerados para sustentar los diferentes modelos de interpretación sobre la relación, influencia, presencia, arribo o expansión altiplánica en el Norte Grande, presentaremos una interpretación preliminar de los indicadores visualizados en esta investigación, con miras a aportar a la discusión de esta temática.

Se pueden definir tres patrones de comportamiento del registro artefactual, a los que se suma información referente a la presencia de ciertos productos de carácter extrarregional. En la costa de Arica y Camarones y el valle de Azapa no se registran bienes alfareros y textiles asignables a ninguna de las entidades formativas del Altiplano Circumtiticaca y Meridional, aunque sí se identificó un tejido foráneo, posiblemente traído de los alrededores del lago Titicaca o del sur peruano. Sin embargo, se observa cierto parentesco tecnológico entre la alfarería de estos territorios y la descrita para el altiplano. En los cementerios de esta región se describen ofrendas de tubérculos y quinoa del altiplano, así como productos venidos del oriente boliviano como la mandioca y *la Mucuma elliptica* (Focacci y Erices 1971; Niemeyer y Schiappacasse 1963; Rivera 1976; Muñoz 1987; Santoro 1981).

En el territorio comprendido entre la quebrada de Tarapacá y la cuenca del Loa no se distingue alfarería o textiles procedentes del Altiplano Circumtiticaca o Meridional, observándose sólo cuatro textiles foráneos, dos de los cuales se vinculan a Tiwanaku IV y otro con la costa sur peruana, siendo el origen de uno de los restantes aún desconocido y dudosa su relación con las tie-

rras altas, ya que está construido en tapicería enlazada ojalada (Agüero 1999 Ms). Sin embargo, se distingue una configuración de elementos emparentados con el Altiplano Meridional y más sutilmente con el sureste del lago Titicaca. Estas semejanzas fueron identificadas en la alfarería, a partir de las vasijas con bordes en coma del tipo Loa Café Alisado, la elaboración de miniaturas y la fabricación de figurillas antropomorfas de arcilla cruda o cocida. En el patrón arquitectónico, los parentescos se observan a través de la morfología y el material constructivo de las casas de Guatacondo, así como por la presencia de escondrijos y de ciertos rostros antropomorfos esculpidos en los muros de las aldeas. En la iconografía se distingue un diseño y configuración semejante entre el “ser antropomorfo frontal de cabeza radiada” y los motivos decorativos de una estela Chiripa en particular. De acuerdo a los hallazgos realizados en los poblados y cementerios de esta región, se registran productos altiplánicos como la papa y la quinoa, así como cultivos semi-tropicales y tropicales, posiblemente originarios de los valles mesotermos y el oriente boliviano (Mostny 1970; Núñez 1982a y b; Rivera *et al.* 1995).

Entre la cuenca del Loa y el oasis de San Pedro de Atacama se observa alfarería proveniente de distintos puntos del Noroeste Argentino y Selvas Occidentales, así como escasos fragmentos de vasijas decoradas y sopladores del Altiplano Circumtiticaca y Meridional, específicamente en el Loa Superior. Prácticamente a lo largo de todo el Loa se registran vasijas con bordes engrosados similares a los descritos para el altiplano, siendo especialmente notoria su presencia en la cuenca alta. Contextos funerarios del Loa Medio evidencian la presencia de productos altiplánicos como la quinoa, al igual que otros posiblemente venidos de los yungas bolivianos, como la coca y plumas tropicales (Thomas *et al.* 1994).

En base a estas evidencias, no es posible seguir sosteniendo el arribo de poblaciones altiplánicas, a nivel de colonias, en los valles de Azapa y Camarones, ya que los referentes materiales de las sociedades formativas del Altiplano Circumtiticaca y Meridional apenas se vislumbran. Tal como se expuso en páginas precedentes, en esta región no se han identificado individuos vestidos con túnicas o portando bolsas y/o gorros de filiación altiplánica; tampoco se registran contextos fune-

rarios en los cuales se hayan ofrendado vasijas altiplánicas o derivaciones de las mismas, tal cual sucedió en el valle de Moquegua durante la Fase Trapiche, donde además se identificó una fabricación local de textiles Pukara (Feldman 1990). Las conductas mortuorias difieren de lo descrito para las tierras altas, así como también aquellas referidas al ámbito doméstico, aunque esto último podría entenderse como parte de la adaptación a otro ambiente, sin embargo, creo que es más difícil en cuanto a las prácticas funerarias se refiere. En definitiva, no hay una reproducción material de las costumbres del supuesto lugar de origen, no se observa ningún tipo de estrategia en la cual el registro textil o alfarero refuerce la identidad altiplánica de ciertos individuos, tal como se observa en Corralpata, un asentamiento de los valles mesotermos de Bolivia, en el cual se identifica claramente la presencia de cerámica decorada, arquitectura y escultura Chiripa, además de materiales Tiwanaku Temprano (Paz 2000). Por el contrario, se distingue una población local con una producción alfarera y textil propia, así como con prácticas mortuorias particulares a una población de tierras bajas y formas de habitar que responden a las características de su entorno. En este sentido, coincido con Santoro (1981) en que las fases Azapa y Alto Ramírez forman parte de una misma tradición cultural que se desarrolló paralelamente a una población costera representada por Faldas del Morro y el Laucho.

En este trabajo no se quieren negar los aportes recibidos de otros territorios, pero se desea resaltar el rol protagónico de las poblaciones locales en la invención y/o aceptación de nuevas tecnologías, ya que, como plantea Núñez (1995), no se puede seguir viendo a las sociedades locales como meros receptores de los procesos desarrollados en las áreas nucleares, pues son estas poblaciones “marginales” las que deciden aceptar o no determinados cambios en su dieta, economía, organización social y creencias religiosas. Es indudable que existieron instancias de contacto cultural entre estas poblaciones, tal cual lo demuestra la presencia de productos traídos desde y a través de la meseta altoandina, probablemente en los marcos de un circuito caravanero orientado a intercambiar productos de altura con aquellos de tierras bajas, lo que también se ve apoyado por la presencia de conchas marinas en algunos sitios de Santiago de Huata (Lémuz 2001). En este sentido, se trataría de un acceso más bien indirecto a

los productos del valle de Azapa y de la costa de Arica y Camarones, quizá protagonizado por los desarrollos formativos del sector sur del Lago Titicaca –en circunstancias en que el sector noroccidental parece haber tenido lazos más intensos con Moquegua, la hoya del Vilcanota y la región costera de Paracas–, sobre todo durante la etapa más tardía del Formativo Medio (1000–100 AC) y a lo largo del Formativo Superior (100 AC–400 DC), ya que, al parecer, es en estos momentos cuando las esferas de interacción se amplían más allá de las riberas del lago, tal cual lo evidencian también los hallazgos realizados en los valles mesotermos. En todo caso, pareciera que este territorio no forma parte de las principales esferas de interacción del Altiplano Circumlacustre, pudiendo tratarse de contactos esporádicos con estos valles en particular. El registro artefactual no permite identificar ningún vínculo con el Altiplano Meridional, el cual parece orientar su esfera de interacción más al sur, entre Tarapacá y la cuenca del Loa, estando al oriente claramente vinculado con el sureste cochabambino (Brockington *et al.* 1988/89). A diferencia de esto, los vínculos del extremo norte de Chile con los desarrollos formativos del sur peruano parecen ser más cercanos, ya que los textiles, la iconografía y los patrones mortuorios así lo evidencian.

En lo que respecta al territorio comprendido entre Tarapacá y la cuenca del Loa, su relación con el altiplano es diferente a la anterior. Son sólo cuatro los tejidos foráneos en las quebrada de Tarapacá, de los cuales dos se vinculan con el Altiplano Circumlacustre en momentos de la expansión Tiwanaku, no habiendo tejidos para comparar en el Altiplano Meridional. Sucede algo parecido con la alfarería, ya que no se registran vasijas extranjeras en los contextos domésticos o funerarios de este territorio. Sin embargo, la identificación de una configuración de elementos emparentados, sobre todo con el Altiplano Meridional, muestra la existencia de prácticas e ideas compartidas por las poblaciones de ambos espacios, pudiendo hablarse de influencias en el componente alfarero, así como en el patrón residencial de Guatacondo y en la decoración plasmada en los muros de los poblados de esta quebrada. En este sentido, no existen evidencias que sustenten una ocupación de tierras altas en la zona, sino más bien su participación en la esfera de influencias Wankarani y más sutilmente Chiripa, en un pro-

ceso mediante el cual se incorporan determinadas soluciones tecnológicas –más tempranamente aparecidas en el altiplano–, así como algunos aspectos relacionados con el modo de vida y el ceremonialismo de estas entidades, siempre que éstos sean coherentes, aporten y/o refuercen el sistema tecnológico, económico, social e ideacional de las poblaciones locales. Dichas influencias son el resultado de una interacción más cercana entre estas poblaciones, posiblemente relacionada con el desplazamiento de caravanas, desde y hacia el altiplano, a través de las quebradas de Tarapacá, Guatacondo y el Loa. En este sentido, los corrales, las estructuras de almacenamiento y/o la significativa presencia de restos de llamas en Uspa-Uspa, La Joya, Guatacondo, Ramaditas y Caserones, apoyan la existencia de un tráfico de caravanas en estos territorios (Mostny 1970; Núñez 1969 y 1982; Núñez y Dillehay 1978; Bermann 1995 Ms; Condarco 2001 Ms). En este contexto, ambas poblaciones serían receptoras de la influencia cultural generada por la intensidad de dicha interacción, siendo posible que la fabricación de miniaturas en Wankarani haya sido impulsada por sus contactos con Tarapacá, ya que es en este territorio donde se desarrolla una verdadera tradición de miniaturas alfareras y textiles (Ayala y Uribe 2001; Uribe y Ayala 2002 Ms; Agüero y Cases 2001). Tal parece, que el intercambio no estuvo orientado a la distribución de artículos como la cerámica, sino más bien al transporte de productos desde el altiplano, los valles mesotermos y el oriente boliviano, tal cual lo demuestra la identificación de *Mucuma elliptica* y hojas de coca en Quillagua, y otros que se llevaban desde las quebradas y la costa como los hallazgos de conchas marinas en la cuenca de Paria, desde donde pudieron llegar a Cochabamba (Brockington *et al.* 1988/89; Condarco 2001 Ms).

Al parecer, esta esfera de interacción estuvo en funcionamiento durante la etapa tardía del Formativo Medio y durante el Formativo Superior, cuando las poblaciones asentadas a lo largo del río Desaguadero, así como las recientemente descritas para el norte de Potosí (Le Coq com. pers. 2001) accedieron de manera indirecta a los recursos de las quebradas intermedias, donde se desarrollaba una población local con una industria de textiles y cerámica propia, así como con asentamientos vinculados a campos de cultivo, y otros a actividades metalúrgicas (Rivera *et al.* 1995/96; Graffam *et al.* 1997). La consolidación de los

vínculos culturales entre Tarapacá y la cuenca del Loa, parece ocurrir durante el Formativo Superior, cuando no sólo comparten un universo artefactual, sino también un sistema de creencias que pudo estar representado por el “ser antropomorfo frontal de cabeza radiada”. De este modo, es en estos momentos cuando se consolida uno de los desarrollos formativos más importantes de la época, paralelamente al que se distribuye en el oasis de San Pedro de Atacama y la cuenca alta del Loa, donde se puso en marcha una esfera de interacción diferente a la recién esbozada.

Tal como han planteado otros investigadores, en el espacio integrado por el Loa y el salar de Atacama, el registro artefactual permite postular la existencia de un tráfico de artículos extrarregionales, el cual también captó algunos artefactos cerámicos Qeya, Chiripa y/o Wankarani, además de varios otros del Noroeste Argentino, las Selvas Occidentales, altiplano sur boliviano y valles de Tarija. El tráfico de caravanas –mediante un acceso indirecto a los recursos– es uno de los mecanismos que mejor da cuenta de las relaciones existentes entre estas poblaciones, siendo una de sus particularidades el traslado de artefactos de lugares tan distantes como el Altiplano Circumtiticaca y Meridional. Esto establece una clara diferencia con lo visto en los valles y costa de Azapa y Camarones y en Tarapacá, ya que acá sí se encuentra cerámica foránea, cuya representatividad es baja en relación al universo alfarero local, aunque no por ello menos significativa para plantear una esfera de interacción de bienes de estatus, tal cual lo evidencia la cerámica decorada Qeya y los tubos o sopladores Wankarani/Chiripa hallados en Turi-2, cuyos contextos de uso parecen ser marcadamente ceremoniales (Hastorf *et al.* 1996 Ms). Algo similar parece ocurrir con la alfarería del Noroeste Argentino y las Selvas Occidentales, ya que por lo general se trata de tipos alfareros decorados, a los que se suma la presencia de iconografía y litoescultura de los desarrollos formativos trasandinos. Sin duda, se trata de una red de tráfico de bienes y recursos con una clara orientación al Noroeste Argentino, la cual implicó contar con bienes propios que intercambiar, lo que parece haber sido parcialmente resuelto con la producción excedentaria de cuentas de malaquita en la subregión del río Salado (Rees y De Souza 2001; Sinclair 2001). Esta circulación de bienes desde el Altiplano Circumlacustre y Meridional parece ocurrir a finales del

Formativo Medio y durante el Formativo Superior, cuando las esferas de interacción extrarregional de Chiripa, Tiwanaku III y Wankarani alcanzaron lugares tan lejanos como el Loa Superior, donde se desarrollaban las fases Río Salado y Turi 2A, las que a su vez, desde momentos más tempranos (fases Los Morros y Tilocalar), se vinculan culturalmente con las fases Toconao y Séquitur del salar de Atacama. Sin duda, este territorio corresponde a uno de los desarrollos formativos más importantes del Norte Grande, análogo al que se vislumbra entre Tarapacá y el Loa Inferior, destacando la orientación diferencial de sus principales esferas de interacción, así como el tipo de vínculos establecidos con las sociedades en cuestión.

Recapitulando, a lo largo del Formativo Inferior (ca. 2000/1500–1000 AC) se consolida la vida sedentaria con la ocupación de aldeas y caseríos vinculados a diferentes actividades económicas, observándose que a finales de esta etapa surgen una serie de poblaciones diseminadas en la meseta altoandina y el Norte Grande de Chile. De este modo, en el Altiplano Circumtiticaca se distinguen diferentes grupos distribuidos en los dos polos de articulación histórica de la cuenca lacustre: Tiwanaku I, Chiripa Temprano y Kalake en el sector sureste del lago, y Qaluyo al noroeste. Paralelamente, y al parecer con anterioridad, en el Altiplano Meridional se desarrolla Wankarani, cuya ocupación más antigua se distingue en el asentamiento homónimo, así como en los montículos de Wilaque y Chuquiña. Por otro lado, en el valle de Azapa y la costa de Arica y Camarones se desarrollan las fases Azapa y Faldas del Morro, así como en Tarapacá se desenvuelven los representantes de las primeras ocupaciones de Caserones. Simultáneamente, en la cuenca del Loa se vislumbran las primeras ocupaciones de Chiu-Chiu 200, así como la Fase Los Morros en el Loa Superior y Tilocalar al sur del salar de Atacama.

Desde los inicios del Formativo Medio (1000–100 AC) se evidencia un proceso gradual de crecimiento poblacional y complejidad social de todas las manifestaciones formativas circumlacustres, cada una de las cuales muestra particularidades propias, así como una consolidación de sus sistemas políticos e ideológicos hacia el 100 AC, cuando es clara su participación en un culto pan Titicaca, cuyo ceremonialismo implica la realización de rituales comunales en templos o plazas asociados

a estelas líticas con iconografía de la tradición Yaya-Mama. Las entidades políticas que caracterizan a este momento de desarrollo son Chiripa Temprano y Tardío en las penínsulas de Taraco y Santiago de Huata, Sillumoco Temprano en Juli-Pomata y Cusipata en la ribera noroeste del lago. Paralelamente, en el Altiplano Meridional se desarrolla Wankarani con un patrón de asentamiento distribuido a lo largo del río Desaguadero, siendo interesante constatar que son leves los indicios materiales de su relación con el lago Titicaca, por lo que pareciera existir una verdadera frontera cultural entre estas regiones. Sería en los momentos más tardíos de esta fase, cuando se produjo una amplificación de los mecanismos de complementariedad interzonal, tanto alrededor de la cuenca del Titicaca y a lo largo del Desaguadero como hacia pisos más bajos. En este sentido, los productos de los valles mesotermos pudieron ser obtenidos de manera directa por las poblaciones altiplánicas, del mismo modo como pudo ocurrir con ciertos valles del sur peruano. En cambio, el acceso a los recursos del Norte Grande pudo ser indirecto, con diferentes grados de intensidad y mecanismos que involucraron a poblaciones de la Fase Alto Ramírez del valle de Azapa y El Laucho en la costa, así como a las de Tarapacá y Guatacondo, además de las representadas por el Complejo Vega Alta, los grupos formativos de Quillagua y los correspondientes a la Fase Río Salado; al parecer, sería a través de estas quebradas que se obtuvieron los productos de la costa desértica. Por otro lado, en el salar de Atacama durante la Fase Toconao se refuerzan los nexos con el Noroeste Argentino y las Selvas Occidentales

Durante el Formativo Superior (100 AC–400 DC), luego de una etapa inicial caracterizada por un proceso de desarticulación social y conflicto, las sociedades circumlacustres alcanzaron una complejidad política, económica e ideológica que posteriormente derivará en el surgimiento del Estado Tiwanaku. Durante este período las entidades políticas que conforman el paisaje cultural están representadas en las fases Tiwanaku III o Qeya, Pana Temprano y Tardío, Sillumoco Tardío y Pukara, habiendo alcanzado diferentes grados de integra-

ción regional, así como roles más o menos prominentes en relación a los distintos centros de desarrollo distribuidos por las riberas del lago Titicaca. Es en estos momentos cuando algunas de estas entidades se expanden a otros espacios, tal como parece suceder con Tiwanaku III en la península de Taraco y con la llegada de elementos Pukara al sureste del lago Titicaca, evidenciándose una verdadera pugna por su ribera sur. Sería en esta etapa cuando se amplían aún más las esferas de interacción, aunque a diferencia de lo que ocurre con el sur del lago, en su sector noroccidental, Pukara orienta sus relaciones a valles como Moquegua, la hoya del Vilcanota y la costa de Paracas. A diferencia de lo anterior, las sociedades del Altiplano Meridional dirigen su circuito caravanero a los valles cochabambinos y a las quebradas de Tarapacá y Guatacondo, observándose que tanto Wankarani y/o Niña Lupita como Qeya expanden su tráfico de bienes a regiones tan lejanas como el Loa Superior, interactuando con poblaciones locales durante la Fase Turi 2A. Por último, más al sur, durante la Fase Séquitur, las relaciones con las sociedades del lago Titicaca y el río Desaguadero son inexistentes, siendo notoria su orientación hacia el Noroeste Argentino.

Finalmente, es prioritario recalcar que estas propuestas interpretativas son hipotéticas y aún preliminares, ya que las investigaciones en curso podrán aportar datos nuevos que apoyen, refinen o problematicen estos planteamientos. Se trata de una primera aproximación al problema, siendo necesaria una discusión más profunda sobre los mecanismos de complementariedad ecológica del período en cuestión, así como es menester integrar la información aportada por la antropología física. Con todo, vislúmbrese este trabajo como un paso inicial para la reinscripción de esta temática en la discusión arqueológica del norte de Chile y del altiplano boliviano y peruano.

Agradecimientos A todo el personal del Museo Eduardo López Rivas y del Museo Regional de la Cuenca de Paria, por habernos facilitado el análisis de las colecciones Wankarani de Oruro.

REFERENCIAS CITADAS

- AGÜERO C., 1999 Ms. Textiles e iconografía Tiwanaku: Patrones distribucionales en zonas de frontera. Informe Proyecto FONDECYT 1970073, Santiago.
- AGÜERO C., M. URIBE, P. AYALA, B. CASES y C. CARRASCO, 2001. Ceremonialismo del Período Formativo en Quillagua, Norte Grande de Chile. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 32: 24-34.
- AGÜERO C., y B. CASES, 2001. Los textiles formativos del norte de Chile. *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Arica. En prensa.
- ADAN, L. y M. URIBE, 1995. Cambios en el uso del espacio en los períodos agroalfareros: Un ejemplo en ecozona de quebradas altas, la localidad de Caspana (Provincia El Loa, II Región). *Actas del II Congreso de Antropología Chilena* III: 541-555, Santiago.
- ALBARRACIN, J., 1992. Prehispanic and early colonial settlement pattern in the lower Tiwanaku valley, Bolivia. Doctoral Dissertation (Ph.D), Southern Methodist University, Dallas.
- 1996. *Tiwanaku: Arqueología regional y dinámica segmentaria*. Editorial Plural, La Paz.
- ALDUNATE, C., J. BERENGUER, V. CASTRO, L. CORNEJO, J. L. MARTINEZ y C. SINCLAIRE, 1986. *Cronología y asentamiento en la región del Loa Superior*. DIB, Universidad de Chile, Santiago.
- AYALA, P. y M. URIBE, 2001. La alfarería de Quillagua en el contexto formativo del Norte Grande. *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Arica. En prensa.
- BARON A. M., 1986. Tulo: Posibilidades y limitaciones de un ecosistema. *Chungara* 16-17: 149-158.
- BENAVENTE, A., 1981. Chiu Chiu 200: Un campamento de pastores. Tesis para optar a la Licenciatura de Arqueología y Prehistoria, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- BENNETT, W., 1936. Excavations in Bolivia. *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History* 35 (4): 329-507.
- BERENGUER, J. y P. DAUELSBERG, 1989. El Norte Grande en la órbita de Tiwanaku (400 a 1200 DC). En *Culturas de Chile. Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I Solimano (Eds.), pp. 129-180. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- BERMANN, M., 1989 Ms. Household organization at Lukurmata: A diachronic overview. The archaeology and paleoecology of Lukurmata, Bolivia. Segundo Informe preliminar del Proyecto Wila Jawira, University of Chicago, Chicago.
- 1995 Ms. Formative Period settlement hierarchy and political economy in La Joya, Oruro. Presentation at the 60th Annual Meeting of the Society for American Archaeology, Minneapolis, Minnesota.
- BERMANN, M. y J. ESTEVEZ, 1993. Jachakala: A new archaeological complex of the Department of Oruro, Bolivia. *Annals of Carnegie Museum* 62 (4): 311-340.
- 1995. Domestic artifact assemblages and ritual activities in the Bolivian Formative. *Journal of Field Archaeology*, vol. 22 (3): 389-98.
- BROWMAN, D., 1978. Toward the development of the Tiahuanaco (Tiwanaku) State. En *Advances in Andean Archaeology*, D. Browman (Ed.), pp. 327-349. Mouton Publishers, The Hague.
- 1980. New light on Andean Tiwanaku. *American Scientist* 69: 408-419.
- BROCKINGTON, D., D. PEREIRA, R. SANZETENE y M. A. MUÑOZ, 1988/1989. Estudios arqueológicos del Período Formativo en el sureste de Cochabamba. *Cuadernos de Investigación, Serie Arqueológica* 8, Cochabamba.
- CASTRO, V., C. ALDUNATE, J. BERENGUER, L. CORNEJO, C. SINCLAIRE y V. VARELA, 1992. Relaciones entre el Noroeste Argentino y el norte de Chile: El sitio 02TU002, Vegas de Turi. *Actas del Taller De Costa a Selva: Producción e intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes Centro Sur*, pp. 215-239. Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Jujuy.
- CONDARCO, C. 2001 Ms. Verticalidad e intercambio en dos asentamientos humanos de la cuenca de Paria. Informe final de Proyecto Programa de Investigación Estratégica en Bolivia, Oruro.
- CHAVEZ, S., 1975. The Arapa and Thunderbolt stelae: A case of stylistic identity with implications for Pucara influences in the Area of Tiwanaku. *Nawpa Pacha* 13: 3-25.
- CHAVEZ, S. y K. MOHR CHAVEZ, 1970. Newly discovered monoliths from highlands of Puno, Perú. *Expedition* 12 (4): 25-39.
- 1975. A carved *stelae* from Taraco, Puno, Peru, and the definition of a early style of stone sculpture from the Altiplano of Peru and Bolivia. *Nawpa Pacha* 13: 45-82.
- ESTEVEZ, J. 1999 Ms. San Andrés: Un montículo ceremonial de la Cultura Wankarani. Informe preliminar DINAAR, La Paz.
- ESTEVEZ, J. y M. BERMANN, 1996 Ms. Reporte preliminar de la temporada 1996, Proyecto Arqueológico Oruro, Oruro.
- 1998 Ms. Reporte preliminar de la temporada 1997, Proyecto Arqueológico Oruro, Oruro.

- FELDMAN, R., 1990. Ocupaciones del Período Cerámico Temprano en Moquegua. *Gaceta Arqueológica Andina* vol. V (18 y 19): 65-73.
- FOCACCI, G., y S. ERICES, 1971. Excavaciones en los túmulos de San Miguel de Azapa (Arica, Chile). *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena*, pp. 47-55, Santiago.
- GALLARDO F., L. CORNEJO, R. SANCHEZ, B. CASES, A. ROMAN y A. DEZA, 1993. Una aproximación a la cronología y el asentamiento en el oasis de Quillagua (río Loa, II Región). *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena* vol. II, pp. 41-60, Temuco 1991.
- GORDILLO, J., 1997. Tacna y el Período Formativo en los Andes Centro-Sur (1100 AC-500 DC). *Cultura y Desarrollo* 1: 7-22.
- GRAFFAM, G., A. CAREVIC y M. RIVERA 1997. Evidencias metalúrgicas de cobre en el sitio formativo de Ramaditas, Quebrada de Guatacondo, Provincia de Iquique, Chile. *Estudios Atacameños* 12: 53-68.
- GUERRA, L. 1995. *Preámbulo a la arqueología de Wankarani*. Serie Nosotros, CEPIDAS, Oruro.
- HASTORF, C., M. BANDY, D. BLOM, E. DEAN, M. GOODMAN, D. KOJAN, M. MONTAÑO, J. L. PAZ, D. STEADMAN, L. STEADMAN y W. WHITEHEAD, 1996 Ms. Proyecto arqueológico Taraco: Excavaciones de 1996 en Chiripa, Bolivia.
- HASTORF, C., M. BANDY, R. AYON, E. DEAN, M. DOUTRIAUX, K. FRYE, R. GODDARD, D. JOHNSON, K. MOORE, J. L. PAZ, D. PUERTAS, L. STEADMAN y W. WHITEHEAD, 1998 Ms. Proyecto arqueológico Taraco: 1998. Excavaciones en Chiripa, Bolivia.
- HASTORF, C., M. BANDY, R. AYON, R. BECK, M. DOUTRIAUX, J. L. PAZ, L. STEADMAN y W. WHITEHEAD, 1999 Ms. Proyecto arqueológico Taraco: 1999. Excavaciones en Chiripa, Bolivia.
- HORTA, H., 2001 Ms. Iconografía formativa del norte de Chile. Manuscrito enviado a publicación a *Latin American Antiquity*.
- HOYT, M., 1975. Two new style *stelae* fragments from Yapura, near Capachica, Puno, Perú. *Nawpa Pacha* 13: 27-34.
- KIDDER, A., 1956. Digging in the Titicaca Basin. *University of Pennsylvania Museum Bulletin* 20 (3): 16-29.
- LE PAIGE G., 1964. Los cementerios de la época agroalfarera en San Pedro de Atacama. *Anales de la Universidad del Norte* 3: 43-93.
- 1971. Tres cementerios indígenas en San Pedro de Atacama y Toconao. *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena*, pp. 163-187, Santiago.
- LEMUZ, C., 2001. Patrones de asentamiento arqueológico en la península de Santiago de Huata, Bolivia. Tesis para optar al grado de Licenciatura en Arqueología, Universidad Mayor de San Andrés, La Paz.
- LUMBRERAS, G. y H. AMAT, 1968. Secuencia arqueológica del altiplano occidental del Titicaca. *Actas y memorias XXXVII Congreso Internacional de Americanistas* vol. II, pp. 75-106, Buenos Aires.
- LLAGOSTERA, A., A. M. BARON y L. BRAVO, 1984. Investigaciones arqueológicas en Tulo-1. *Estudios Atacameños* 7: 133-149.
- MATHEWS, J., 1992. Prehispanic settlement and agriculture in the Middle Tiwanaku Valley, Bolivia. Disertación doctoral, Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago, Chicago.
- MEIGHAN, C., 1980. Archaeology of Guatacondo, Chile. Prehistoric trails of Atacama: Archaeology of Northern Chile. *Monumenta Archaeologica* 7: 99-126.
- MICHEL, M., 2000 Ms. El Señorío prehispánico de Carangas. Trabajo presentado en el Diplomado Superior en Derechos de los Pueblos Indígenas, Universidad de la Cordillera, La Paz.
- MOHR-CHAVEZ, K., 1988. The significance of Chiripa in the Lake Titicaca Basin developments. *Expedition* 30 (3): 17-26.
- MONTT, I., 2002 Ms. Instalaciones funerarias del Período Intermedio Temprano en el Norte Grande de Chile. Informe Proyecto FONDECYT 1990168, Santiago.
- MORAGAS, C., 1982. Túmulos funerarios de la costa sur de Tocopilla (Cobija), II Región. *Chungara* 9: 152-173.
- MOSTNY, G., 1970. La subárea arqueológica de Guatacondo. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, T. XXIX (16): 271-287.
- MUJICA, E., 1978. Nuevas hipótesis sobre el desarrollo temprano del altiplano del Titicaca y sus áreas de interacción. *Arte y Arqueología* 5 y 6: 285-308.
- 1985. Altiplano-coast relationships in the South-Central Andes: From indirect to direct complementarity. En *Andean Ecology and Civilization*, S. Masuda, I. Shimada y C. Morris (Eds.), pp. 103-140. University of Tokyo Press, Tokyo.
- 1987. Cusipata: Una fase pre-Pukara en la cuenca norte del Titicaca. *Gaceta Arqueológica Andina* 13: 22-28.
- MUÑOZ, I., 1980. Túmulos Funerarios: Evidencias del proceso de agriculturación en los valles bajos de Arica. Memoria para optar al Título de Arqueólogo, Departamento de Arqueología, Universidad del Norte, Antofagasta.
- 1983. La Fase Alto Ramírez del extremo norte de Chile (valle-costa). En *Asentamientos aldeanos en los valles costeros de Arica. Documentos de Trabajo* 3: 3-42, Arica.

- 1987. Enterramientos en túmulos en el valle de Azapa: Nuevas evidencias para definir la Fase Alto Ramírez en el extremo norte de Chile. *Chungara* 19: 93-127.
- 1989. El Período Formativo en el Norte Grande. En *Culturas de Chile. Prehistoria: Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano (Eds.), pp. 107-128. Editorial Andrés Bello, Santiago
- MUÑOZ, I., R. ROCHA y S. CHACON, 1991. Camarones 15. Asentamiento de pescadores correspondiente al Arcaico y al Formativo. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, T II, pp. 1-24, Santiago 1988.
- NIEMEYER, H. y V. SCHIAPPACASSE, 1963. Investigaciones arqueológicas en las terrazas de Conanoxa, valle de Camarones. *Anales de la Academia Chilena de Ciencias Naturales* 26: 101-153.
- NUÑEZ, L., 1967/68. Figurinas tempranas del norte de Chile (Provincia de Tarapacá). *Estudios Arqueológicos* 3 y 4: 85-105.
- 1969. El primer fechado radiocarbónico del Complejo Faldas del Morro en el sitio Tarapacá-40 y algunas discusiones básicas. *Actas del V Congreso de Arqueología Chilena*, pp. 47-57, La Serena.
- 1970. Algunos problemas del estudio del complejo arqueológico Faldas del Morro, Norte de Chile. *Abhandlungen und Berichte des staatlichen museums für Volkerkunde*. Dresden Band 31: 79-109, Berlín.
- 1971. Secuencia y cambio en los asentamientos humanos de la desembocadura del río Loa en el Norte de Chile. *Boletín de la Universidad de Chile* 12: 3-25.
- 1976. Geoglifos y tráfico de caravanas en el desierto chileno. *Homenaje al R.P. Gustavo Le Paige*, pp. 147-201, Universidad del Norte, Santiago.
- 1982a. Temprana emergencia de sedentarismo en el desierto chileno. Proyecto Caserones. *Chungara* 9: 80-122.
- 1982b. Pircas: Ocupación temprana en el norte de Chile. *Gaceta Arqueológica Andina* 2 (11): 8-12.
- 1984. El asentamiento Pircas: Nuevas evidencias de tempranas ocupaciones agrarias en el norte de Chile. *Estudios Atacameños* 7: 152-177.
- 1992. Fase Tilocalar: Nuevas evidencias formativas en la Puna de Atacama (Norte de Chile). En *Formativo sudamericano, una reevaluación*, P. Ledergerber-Crespo (Ed.), pp. 227-242. Ediciones ABYA-YALA, Quito.
- 1995. Evolución de la ocupación y organización del espacio atacameño. En *Agua, ocupación del espacio y economía campesina en la región atacameña, aspectos dinámicos*, P. Pourrut y L. Núñez (Eds.), pp. 18-60. Universidad Católica del Norte, Antofagasta.
- NUÑEZ, L., V. ZLATAR y P. NUÑEZ, 1975. *Caleta Huelén-42: Una aldea temprana en el norte de Chile (Nota preliminar)*. Universidad de Panamá. Programa de Arqueología y Museos, Universidad de Chile, Antofagasta.
- NUÑEZ, L. y T. DILLEHAY, 1978. *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de tráfico e interacción económica*. Universidad del Norte, Antofagasta.
- NUÑEZ, L. y C. MORAGAS, 1978. Una ocupación con cerámica temprana en la secuencia del distrito de Cañaño (costa desértica del Norte de Chile). *Estudios Atacameños* 5: 21-49.
- 1983. Cerámica temprana en Cañaño (Costa Desértica del Norte de Chile): Análisis y evaluación regional. *Chungara* 11: 31-61.
- OPELLANA, M., 1988/99. Los tipos alfareros tempranos de Calar y su contexto aldeano. *Paleoetnológica* 5: 73-86.
- OWEN, B. 1991 Ms. El Período Formativo en la zona de Ilo. Apuntes para una charla presentada en el Seminario Arqueología en el Valle de Osmore, Instituto Nacional de Cultura, Moquegua.
- PÄRSSINEN, M., 1999. Pajcha Pata de Caquiaviri. Evidencias sobre el nuevo complejo arqueológico del Alto Formativo en la Provincia de Pacajes, Bolivia (0-375 DC). *Revista Española de Antropología Americana* 29: 159-205.
- PAZ, J. L., 2000. La transición Formativo – Tiwanaku en el sitio de Corralpata, Bolivia. Tesis para optar al grado de Licenciatura en Arqueología, Universidad Mayor de San Andrés, La Paz.
- PONCE, C., 1970. Las culturas Wankarani y Chiripa y su relación con Tiwanaku. *Publicación* 25, Academia de Ciencias de Bolivia, La Paz.
- 1971. La cerámica de la época I de Tiwanaku. *Pumapunku* 2: 7-28.
- 1981. *Tiwanaku: Espacio, tiempo y cultura*. Editorial Los Amigos del Libro, La Paz.
- POLLARD, G., 1970. The cultural ecology of ceramic stage settlement in the Atacama Desert. Doctoral Dissertation (Ph.D), Columbia University.
- REES, C. y P. DE SOUZA, 2001. Producción lítica durante el Período Formativo en la Subregión del Río Salado. *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. En prensa.
- RIVERA, M., 1976. Nuevos aportes sobre el desarrollo cultural altiplánico en los valles bajos del extremo norte de Chile, durante el Período Intermedio Temprano. *Homenaje al R. P. Gustavo Le Paige*, pp. 71-81, Universidad del Norte, Santiago.
- 1980. Algunos fenómenos de complementariedad económica a través de los datos arqueológicos en el Area Centro-Sur andina: La Fase Alto Ramírez reformulada. En *Temas arqueológicos del norte de Chile*, M. Rivera

- (Ed.), pp. 71-103. Ediciones de la Universidad de Chile, Antofagasta.
- 1984 Altiplano and tropical lowland contacts in northern Chile prehistory. Chinchorro and alto Ramírez revisited. En *Social and economic organization in the prehispanic Andes*, D. Browman, R. Burger y M. Rivera (Eds), pp. 143-160. BAR. Int. Series 194, Oxford.
- 1985. Alto Ramírez y Tiwanaku: Un caso de interpretación simbólica. *Diálogo Andino* 4: 39-58.
- 1994. Hacia la complejidad social y política: El desarrollo Alto Ramírez del norte de Chile. *Diálogo Andino* 13: 9-37.
- 1995. Comentario sobre un icono formativo en el arte rupestre del Alto Loa. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 21: 20.
- RIVERA, M., D. SHEA, A. CAREVIC y G. GRAFFAM, 1995/96. En torno a los orígenes de las sociedades complejas andinas: Excavación en Ramaditas, una aldea formativa del desierto de Atacama. *Diálogo Andino* 14-15: 205-239.
- ROWE, J. y C. BRANDEL 1969-1970. Pucara style pottery designs. *Ñawpa Pacha* 7 y 8: 1-16.
- SANTORO, C., 1980a. Estratigrafía y secuencia cultural funeraria Fases Azapa, Alto Ramírez y Tiwanaku. *Chungara* 6: 24-45.
- 1980b. Fase Azapa, transición del Arcaico al desarrollo agrario inicial en los valles bajos de Arica. *Chungara* 6: 46-56.
- 1981. Formativo Temprano en el extremo norte de Chile. *Chungara* 8: 33-62.
- SINCLAIRE, C. 1999. Pinturas rupestres y textiles formativos en la región atacameña. *Estudios Atacameños* 14: 327-338.
- 2001. Prehistoria del Período Formativo en la cuenca alta del río Salado (Región del Loa Superior): Un estado de la cuestión. *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Arica. En prensa.
- SINCLAIRE, C., M. URIBE, P. AYALA y J. GONZALEZ, 1997. La alfarería del Período Formativo en la región del Loa Superior: Sistematización y tipología. *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Contribución Arqueológica* 5, TII: 285-314, Copiapó.
- STANISH, C., 1992. *Ancient Andean political economy*. University of Texas Press, Austin.
- 1997. Non Market imperialism in the prehispanic Americas: The Inka occupation of the Titicaca Basin. *Latin American Antiquity* 8 (3): 195-216.
- STANISH, C. y L. STEADMAN 1994. Archeology research at Tumatumani, Juli, Perú. *Fieldiana Anthropology* 23: 1-64.
- TARRAGO, M., 1989. Contribución al conocimiento arqueológico de las poblaciones de los oasis de San Pedro de Atacama en relación con los otros pueblos puneños, en especial, el sector septentrional del valle Calchaquí. Tesis para optar al Título de Doctor en Historia, Especialidad Antropología. Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, Rosario.
- THOMAS, C., A. BENAVENTE, I. CARTAJENA y G. SERRACINO. 1994. Topater, un cementerio temprano: Una aproximación simbólica. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 159-173, Antofagasta.
- THOMAS, C., M. MASSONE y A. BENAVENTE, 1988/89. Sistematización cerámica de seis yacimientos arqueológicos provincia El Loa (II Región). *Paleoetnológica* 5: 121-131.
- URIBE, M. y P. AYALA 2002 Ms. La cerámica Wankarani del Altiplano Meridional de Bolivia y su relación con el contexto formativo de los Andes Centro-sur, en particular del Norte Grande de Chile. Informe Proyecto FONDECYT 1990168, Santiago.
- WALTER, H. 1994 [1966]. Excavación Mound Huancarani. En *Investigaciones de arqueólogos alemanes en Bolivia*, pp. 9-96. Colección Mankacén, Buenos Aires.
- WASSON, J. 1967. Investigaciones preliminares de los "mounds" de Oruro. *Revista Municipal Arte y Letras*, vol. 1 (38): 145-156.
- ZLATAR V., 1983. Replanteamiento sobre el problema Caleta Huelén 42. *Chungara* 10: 21-28.